FERNANDO SALVADOR ESTRELLA

SANGRE PLEBEYA

COMEDIA EN TRES ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1917

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/sangreplebeyacom00salv

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS
N.º de la procedencia
161.

SANGRE PLEBEYA

Esta obra es propiedad del autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados del cobro de los derechos de propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Sangre Plebeya

COMEDIA EN TRES ACTOS

ARREGLO ESCÉNICO DE LA NOVELA

EL FILÓN

DE M. MARTINEZ BARRIONUEVO

POR

Fernando Salvador Estrella

Fundador de la Institución Exploradores de España en Almería y de la primera Real Academia de Dicción, Declamación y Cultura literaria establecida en España

ALMERIA
Imprenta, C. PELAEZ
- 1916 -

Una carta de D. Jacinto Benavente

Sr. D. Fernando Salvador Estrella

Almería

Muy distinguido Sr. mio: Por este correo y en paquete certificado, devuelvo á V. su obra **Sangre Plebeya** *que he leido con un gran interés y que me parece desde luego muy discreta.*

No se la he devuelto antes, porque he estado abrumadísimo de trabajo, y quería leerla para poder hacerlo con pleno conocimiento de causa.

Se reitera como siempre suyo alento s. s. y amigo

J. Benavente.

11-6-916

Al glorioso

Cuerpo Nacional

de

Ingenieros de Minas

Como testimonio de admiración y respeto.

El Autor

723054

PERSONAJES

EL TIO CLAUDIO, padre de
ALFONSO, Ingeniero de Minas
EL MARQUÉS DE QUINTA-ROSA
AGUSTIN
TRONCHO

MATILDE, hija del Marqués

NOTA.—En esta comedia se han suprimido muchas acotaciones que el talento del actor suplirá donde la acción aconseje.

Acto Primero

La escena representa una plazoleta de la finca «El Limonar», la cual se supone situada en la sierra de Córdoba.

Alrededor algunos bancos rústicos. Uno de la derecha aparecerá bajo la sombra de los árboles. El situado en el primer término de la izquierda se hallará cubierto por enredaderas pero visible al público.

A la izquierda, bien perpendicular a la embocadura o bien inclinada hacia la derecha, irá una tapia que supone dividir «El Limonar» de «Manrubiales».

Al fondo decoración de huerta.

Por el primer término de la derecha se supone que va el camino que conduce al cortijo y en el segundo de este mismo término, se supone el plantel de los claveles del tío Claudio.

Por la tapia trepan enredaderas y rosales.

Es una tarde de Canícula.

Por derecha e izquierda se supone la del espectador.

ESCENA PRIMERA

MATILDE y EL TIO CLAUDIO, ella asomada a la tapia. Después EL MARQUÉS junto a su hija.

El tio Claudio es un vejete como de unos sesenta años, listo y sagaz como un lince y aunque bromista y ocurrente a veces, es formal y serio cuando el caso llega. Bueno como el pan bendito, de talento natural y con mucha experiencia de la vida, pasa sus dias en «El Limonar» que es una de sus mejores propiedades, descansando de los trabajos de su juventud y repartiendo a manos llenas las bondades de su corazón entre los necesitados de la sierra.

En su primera juventud fué albañil, despues se hizo maestro de obras, le sopló la suerte y al cabo, cons-

truyendo edificios por su cuenta y vendiéndolos a las gentes adineradas, logró hacerse de un gran capital.

Viste con sencillez el traje típico de la sierra y más bien por costumbre que por necesidad, se apoya en un bastón de muletilla.

Matilde, la Marquesita de Quinta-Rosa, es una muchacha muy linda y aunque muy pagada de su sangre azul, es buena y sencilla como una mariposa. Educada en un convento, tiene sus remilgos de beatitud, lo que no empece para que tenga su corazoncito, y en él todas las buenas intenciones de casarse con un chico guapo y si es Ingeniero, mejor.

Dicho esto, oigamos qué dicen el viejo y la niña.

Mat. Lo que es eso, lo veríamos, tio Claudio.

Clau. (Fingiendo irritación.) Lo veríamos, sí, yo conseguiré que no se asome V. a fisgonear mi huerta.

Mat. Haré lo que se me antoje, para eso estoy en la mia.

Clau. Levantaré más la tapia.

Mat. Y yo haré largar la escalera.

Clau. ¡Esto es escandaloso, intolerable!

Mat. Pero ¿qué culpa tengo yo, pobrecita de mí, de que le roben sus claveles? ¿Porqué ha de pegar V. conmigo?

Clau. ¿Le gustaría a V. que le robasen sus tulipanes?

Mat. De ningún modo, pero si me los robasen, no pegaría con V.

Clau. Según, porque si V. sospechara de mí, ya tendría yo bastante.

Mat. ¡Cómo! Conque es de mí de quien V. sospecha? ¿Conque presume V. que soy yo la ladrona de sus claveles?

Clau. No hay que cavilar mucho para presumirlo y hasta para convencerse de..... ciertas cosas, con una vecindad tan poco aprensiva como la que tengo. Si no fuera por esa vecindad, más tranquilo viviría yo.

Marq. Oiga V. Señor mío. Qué tiene V. que decir de su vecindad? Porque yo tengo

que decir mucho de la mía y me callo por prudencia.

Clau. (Cómico.) Pero a qué punto ha estado el Sr. Marqués para salir a la defensa..... y para asomarse a fisgonear como la niña.

Marq. Estoy en mi casa y puedo hacer lo que guste. ¿Está V. Sr. mio?

Clau. ¡Ya, ya! ¡Vaya si estoy! ¡Esto es nn abuso! ¿Pero por qué no he de hacer yo algo para apartar de aquí esta plaga?

Marq.
Mat. } ¡Plaga!

Mat. ¡Pero Dios mío! ¿Qué dice de plaga este hombre?

Clau. Lo dicho está dicho.

Marq Déjalo ya hija, no le hagas caso y vámonos. Bien se conoce que el pobre hombre está poco habituado a tratar con gentes de nuestra clase, y ya que no merecemos su respeto, lo mejor será evitar toda clase de amistades Vámonos.

Mat. Sí, vámonos, es lo mejor.

Clau. ¡Gracias a Dios que hablan ustedes de irse! Pero mire V. infeliz Marqués: eso de pobre hombre, en el sentido que lo ha dicho, es una solemne majadería que no quiero calificar como se merece, porque no se asuste la niña; pero ha de saber, desgraciado, que estas manos, honradas por la virtud del trabajo y santificadas por la caridad, han sido muchas veces apretadas por las de otros nobles de más ilustres blasones y no en pocas ocasiones por las de los mismos Reyes.

Mat. No habrá sido por la bondad de su caracter.

Clau. Habrá sido porque lo merecería, no lo dude V.

Marq. Habilidades.

Clau. Nada de habilidades, lo que hay es, que vosotros, los del divino origen, los engreidos, los que se creen enviados especiales de Dios en la Tierra, no mirais con buenos ojos a la otra aristocracia, que la civilización ha ennoblecido despojándole de todo prejuicio moral y religioso, de todas esas necias preocupaciones de la sangre y del origen. Con esa aristocracia a quien la adulación ofende y el servilismo indigna, es con la que únicamenta me trato yo. De modo, que pueden ustedes retirarse.

Marq. Nos retiramos porque es nuestra voluntad, que de otro modo, nadie nos apartaría de aquí. Nadie.

Mat. ¡Nadie!

Clau. (Cómico) Sí, ya lo sé, y ahora vendrá toda la música de ¡Nadie, porque estamos en nuestra casa, porque estamos en nuestra huerta! Lo dicho, música celestial.

Marq. ¿Lo duda V. acaso?

Clau. (Sonriendo.) Yo dudar, de ningún modo, lo que digo es, que ese orgullo que ustedes creen escudado por una superior condición, es música y nada más que música.

Marq. Comprendo, V. será de esos de la teoría moderna. Por lo tanto, no podemos discutir. Vámonos hija.

Mat. Vamos papá. No nos vaya a soltar algún discurso sobre el próximo reparto social.

Clau. Que no vendria mal, ¿verdad señor Marqués?

Marq. ¡Insolente! ¡Incivil!

Mat. Nos veremos, tio Claudio. (Se retiran)

ESCENA II

EL TIO CLAUDIO, a POCO MATILDE.

Clau. Cuando V. guste señora Marquesa. (Rie) Vaya, pues no ha sido mala la primera entrevista con el vecino. ¡Pero qué osadía y qué necio orgullo el de estos semi-dioses. Si no fuera por las simpatías que ha despertado en mí esa chiquilla, ya le hubiera yo dicho a su Excelencia, otras que le hubieran aplacado sus aristocráticos humos, pero en fin, esa chiquilla me divierte, me divierte. ¡Pobres gentes, como defienden sus deteriorados pergaminos! ¡Pero la muchacha vale! ¡Vaya si vale!
¡Lo que son los años! Yo que jamás he fingido, siento ahora una agradable emoción con el engaño, solo por el placer de verla desagraviarme, que es cuando precisamente revela todo el candor de su alma. Parece entonces, que mi pensamiento se hace niño y vuelvo sin querer a la inocencia de la infancia.

Mat. ¡Tio Claudio!

Clau. ¡Otra vez! (Vuelta al fingimiento)

Mat. Otra vez. Volví sin que mi padre me viese porque quiero quitar a V. la rabieta. Porque quiero que hagamos las paces.

Clau. ¡Ah! Pero V. cree que no hay más que jugar conmigo.

Mat. ¿Lo ve V ? Voy convenciéndome que no hay medio de que sea V. más amable

Clau. Yo soy quien soy.

Mat. Eso, ahora lo ha dicho V. V. es lo que es: una fierecilla indomable con apa-

riencia de hombre.

Clau. Y V. un figurin intransigente, huero y quebradizo con apariencia de niña mimada

Mat. Gracias; ¡qué respetuoso con las señoras!

Clau. Gracias digo yo. ¡Qué respetuosa con la ancianidad!

Mat. ¡Y qué modales!

Clau. Los de la gente plebeya, no hay que decir. Los de la gente de sangre colorada, muy distinta de la de V. V. que es azul o azulete, de eso que usa mi lavandera para blanquear la ropa.

Mat. ¡Horror! Páselo V. bien tio Claudio. (Vase.)

ESCENA III

EL TIO CLAUDIO, a poco AGUSTIN con una carta.

Clau. ¡Abur! y hasta nunca. (Gritando) Pero qué alucinada está la chiquilla. Y no, no es de ella la culpa, la culpa es de ese pobre hidalgote de su padre que aun pretende envolverse en su túnica de papelotes viejos para tratarnos con la punta del pié. ¡Vanos! ¡Egoistas! Más util he sido yo a la Humanidad cargandome los ladrillos a la espalda, que esos desdichados cargándose la conciencia de orgullo y soberbia.

Agus. Este nuevo personaje al cual veremos tratar al tio Claudio de tu por tú, aunque con respeto y cariño de hermano, es hombre de la misma edad que Claudio. Allá en sus mocedades fué compañero de oficio tan adicto a la persona del alarife, y tan francamente devoto a su amistad, que al ascender el albañil a maestro de obras, fué Agustin la perso-

na de confianza y el oficial mayor, encargado de todas las obras. Las crónicas nada refieren de su vida íntima. Sábese solamente que siempre permaneció soltero y fiel guardador de los intereses del tio Claudío, viviendo en su compañía, cuidando de todo y administrando la casa y la hacienda como cosa propia.

Durante el liempo que el tio Claudio departa con Agustin o esté solo, dirijirá ciertas visuales de impaciencia que demuestren un recóndito deseo de ver asomar por la tapia a su pequeño tormento.

¡Pero hombre! ¿Es que te has propuesto vivir aquí?

Clau. Cállate por Dios Agustin. Si vieras, si vieras lo que me divierten los vecinos. Hoy se ha presentado el padre por primera vez y aunque tuve que ponerme algo serio, he pasado un buen rato.

Agus. Dicen que son unos nobles arruinados.

Clau. Naturalmente hombre. ¿A qué venia sinó, ese aislamiento, esa soledad en que viven? Sin trato con nadie, sin ostentación de ninguna clase. Además lo sé por un amigo de Madrid que me ha anunciado la próxima venta judicial de Manrubiales, por si entraba en mis cálculos adquirirla.

Agus. Como conveniente. vaya si lo sería. Y si las condiciones fueran aceptables....

Clau. Aparte de la conveniencia, no sabes tu Agustin las ganas que me entraban de comprarla oyendo a ese Marques de mis pecados, solo por tener el gusto de que viera como caia al suelo esa tapia que separa el Limonar de su feudo y poder decirle: mira, hombre, mira como estos míseros gusanos penetran en tu cuerpo. ¡Pero a qué! Siento lástima, sobre todo por la chiquilla.

Agus. Mejor dirias debilidad.

Clau. Como quieras. Yo me alegro de que ello sea así, porque ese sentimiento, que no te niego, es la primera advertencia de la vejez. Pero en fin, dejémonos esto y ocupémonos de lo nuestro, del gran hombre, que en esa carta que traes nos anunciará el día definitivo de su llsgada.

Clau. De eso te quería hablar. ¿Qué habitaciones se le preparan, las de abajo o las del piso alto?

Clan. Las del piso bajo, las mismas que ocupaba antes de marchar, hace dos años, junto a las mías. ¡Conmigo, siempre conmigo! ¡Qué felicidad Agustín! Tenerlo a nuestro lado despues de tan larga ausencia y de su triunfo. El cuarto de abajo ¿oyes? No hay que quitarle más que un poco polvo porque se limpia con frecuencia. Que todo quede a gusto de nuestro hombre, sus libros. .. sus armas de caza ...

Agus. Corriente, todo quedará tal y como él lo dejó.

Cau. Dime Agustín: ¿Donde está el mozo que admitimos anoche?

Agus. Fué a Córdoba y no tardará en volver.

Clau. Qué clase de persana es?

Agus. Es un muchacho algo simple, pero trae fama de trabajador y honrado.

Clau. Bueno, pues cuando venga, lo mandas aquí para conocerle Le voy a hacer un encargo, que si lo hace bien, vamos a descubrir al ladrón de mis claveles.

Agus. Pero ¿es que dudas de lo que te he dicho? No sabes que lo he descubierto yo sin el menor trabajo? Mira, allá arriba, casi al final de la linde, está el paso de la acequia de riegos, que al cruzar esa tapia, deja hueco suficiente para que una persona pueda pasar. Pues bien, por ahí es por donde penetra el ladrón

que no puede ser otro que esa muchacha, a juzgar por las huellas de las pisadas que corresponden a un pié diminuto como el de esa muñeca. Además, fíjate en que los robos no se cometen mas que en los días en que la luna alumbra. Luego eso no es robo, sino ganas de hacer que tomes esos berrenchines.

Clau. Bien, sea lo que sea, el caso es que caiga el ladrón en el lazo que le preparo y entonces yo le ajustaré la cuenta. Vete.

ESCENA IV

CLAUDIO y a poco MATILDE por donde siempre

Clau. (Se sienta en el banco de la izquierda.) Carta del gran hombre. (La abre.) ¡Dos años de ausencia! ¡Dos años de sufrimientos y de inquietudes pero al fin triunfó y a qué recordar las tristezas del pasado (Lee.) «y gracias a Dios podré abrazarte dentro de unos dias» —unos dias que van a parecer siglos, pero todo llega en el mundo y tambien llegará la hora del abrazo— «terminantemente prohibido bajar a Córdoba a esperarme y como mi Señor padre es un poco testarudo, no digo el dia de mi llegada, de modo, que caeré en el Limonar cuando menos lo esperen como llovido del cielo (Mira a la tapia.) ¡Caramba! Pues no creí que asomaba otra vez la cabecita loca. (Se levanta y se sienta en el banco de la derecha.) «No, no vengas a la estación. Quiero que nuestro primer abrazo sea en nuestra casa, en nuestro hogar, rodeado de tus flores y mis recuerdos. Ahí, donde nací y murió mi madre, donde pasé mi niñez, mien-

tras tú trabajabas como un negro para asegurar mi porvenir.
Descubierta la riqueza de las minas, fué como puedes suponer mi alegría y mi satisfacción; porque yo era el único responsable de tantos capitales comprometidos en la Empresa.»— Vamos, estas cosas no pueden leerse sin emocionarse.
«Ya te expliqué como me cupo la gloria del triunfo y si vencí, fué porque pensaba en tí, porque recordaba tu perseverancia y tu fé. A tí te debo mi triunfo, triunfa tambien conmigo padre adorado.
(Llora y se lleva el pañuelo a los ojos.)

Mat. ¡Pero qué veo! ¿Está usted llorando tio Claudio? ¿pero es que llora V. tambien?

Clau. No debe de extrañarle a V. Esto de llorar es cosa de gente plebeya. Este es el llanto, el verdadero llanto de la gente inferior. El otro, el que se oculta por orgullo, o el hipócrita que sale por los ojos sin mandarlo el corazón, es el llanto de V. V. los privilegiados. ¡Llanto de comedia! ¡Llanto de cocodrilo!
Mis lágrimas puede verlas quien quiera. Lo que no diría yo a todos y á V. menos que a nadie, son los motivos que las producen.

Mat. !Que cosa más rara! ¿Y porqué las diría V. a mí menos que a nadie?

Clau. Porque no lo merece V. Porque una niña que se burla del llanto de un viejo, es que no tiene corazón La pena que produce lágrimas, solo se comparte con los que nos aman.

Mat. No diga esas cosas tio Claudio. ¿Burlarme yó? Mire que si piensa de ese modo me voy a echar a llorar de veras. ¡Ingrato! Vea V. como paga mi efecto. Hace poco marchó mi padre a Córdoba

a no sé que asuntos encargándome que no me asomara más a la tapia y ya vé como he sido desobediente solo porque quiero reconciliarme definitivamente con V. Porque quiero que seamos buenos amigos para contarnos nuestras alegrias o nuestras tristezas

Clau. Yo no soy su confesor. Guarde sus secretos para esos frailecitos de la aristocracia que os educan sin enseñaros el lenguaje del corazón que es al que Dios atiende.

Mat. Vaya tio Claudio, si sigue V. hablando de ese modo, lo mejor, será irse.

Clau. Vaya V. con Dios.

Mat. Pero hombre, no me deje ir tan sofocada, ¿por qué no dice V. que me quede?

Clau. Porque no la necesito a V. para nada.

Mat. Ea, pues me quedo, me quedo en contra de su voluntad y voy a decirle, pues, voy a decirle que tiene V. muy mal genio. Si señor, un genio muy malo, por eso reñimos a cada paso. Pero yo no soy rencorosa como V. Verá lo que me ocurre: Cuando reñimos, me separo de V. indignadísima creyéndole una fiera, y me prometo no volver a mirarle más a los ojos. Pero pasa el tiempo, un poquito nada más, y me va V. pareciendo otro. Parece que su voz se suaviza, que su mirada se endulza y hasta llego a creer que todas sus palabras son pura broma sin más intención que la de mortificar esa vanidad que V. supone en mí. Pero me acerco a V. otra vez como incauta mariposilla y sus primeras palabras me prueban que todo ha sido un sueño. ¡Ay, soñar!

Clau. ¡Qué, suspiritos ahora?

Mat. ¡Vaya! ¿Acaso cree V. que no tiene una tambien sus penas? Vamos a ver, tio

Claudio; ¿Quiere V. contestarme a una pregunta?

Clau. Veamos.

Mat. ¿Cuando una sueña muchas veces una gran felicidad, qué ocurre?

Clau. Pues ocurre sencillamente que esa felicidad no llega nunca

Mat. ¡No llega nunca! Es verdad tio Claudio. Bueno, ¿y cuando un hombre o una mujer presta un juramento de hacer esto o lo otro y no cumple el juramento ¿qué pasa?

Clau. Pues pasa lo mismo, lo mismo que con los sueños; nada absolutamente.

Mat. Pero jurar en falso es pecado y el pecado lo castiga Dios.

Clau. En la otra vida. . puede, pero en esta, ríase V. de esos castigos. ¡Menudo trabajo sería el de Dios. Además, el juramento no siempre suele ser malo.

Mat No diga esas cosas tio Claudio.

Clau. ¡Vaya si las digo! Y voy a demostrárselo ahora mismo. Verá V.: Supóngase por un momento que yo soy un criminal terrible, que llego a su casa a matar a su padre. Su muerte depende de que V. que está allí, jure si está o no, el autor de sus días. Jurando en falso le salva; diciendo la verdad, le mata sin remedio. ¿Qué haría V.?

Mat. Es que ese juramento no lo tomaría Dios en cuenta.

Clau. Pero es bueno.

Mat. No se, no se, no hay que llevar las cosas a tal punto. No se trata ahora de eso

Clau. Ya, ya comprendo, ahora se trata de algún simple juramentillo amoroso que es precisamente el que se dá con más facilidad y el que se cumple menos. ¿No es eso?

Mat. Que lo va V. a divinar, tio Claudio.

Clau. Que lo adiviné, no ha duda; ya sabe que «para un viejo una niña siempre tiene el pecho de cristal »

Mat. ¡Qué bonito es eso, tio Claudio!

Clau. ¡Cómo! No conocía V. el pensamiento. ¿No conoce V. a Campoamor, el poeta delicado, el sentimental, el sublime?

Mat. ¡Ah! Sí, sí Es que no recordaba. Ya ve V., toda mi vida en el convento de Francia.

Clau. Vaya por Dios ¡Qué españolismo el de estos noblotes!

Mat. Bueno, dejemos eso y volvamos a lo del juramento. Digo yo, que cuando alguien jura una cosa, será porque tiene el propósito de cumplirla. ¿No es verdad?

Clau. Según, que no todos tiene limpia la conciencia para comprender lo que el juramento significa, y sobre todo los enamorados. Y no lo digo por mí, que de albañil juré a mi novia el no casarme con ella hasta que fuera maestro, y cumplí mi promesa y fuí feliz.

Mat. Ya vé V. cómo se dan casos.

Clau. Pero son muy raros, señora Marquesa.

Mat. Tio Claudio, ¿quiere V. hacerme un favor?

Clau. Veamos.

Mat. El no seguir llamándome Marquesa, sino Matilde a secas.

Clau. Bien pensado; porque crea V que cuando la digo Marquesa, me figuro que llamo a mi perra.

Mat. Tio Claudio, es V. una bala rasa, un explosivo, un bruto.

Clau. ¿Porque digo la verdad?

Mat. Porque me insulta (Llora.)

Clau. ¡Qué es eso! ¿llorando? Ve V., ve V. como no podemos entendernos. ¿Ve V.

como su vanidad la transforma en un ser de tan pura esencia, y de materia tan delicada, que la frase más ingénua, la toma por agravio, y en cambio se cree con derecho a la ofensa? Pues bien; yo reconociendo mi pequeñez, reconociendo mi inferioridad, no tolero que nadie me llame bruto y menos un muñeco insustancial, engreido y soberbio. Páselo V bien señora Marquesa.

Mat. No, no por Dios, no se vaya V. tio Claudio No se vaya por lo que más quiera. Si no lloro, si nó he dicho nada. Perdóneme V. Perdóneme V.

Clau. ¡Cómo! ¿va V. a negar que llora?

Mat. Sí, sí lloro, pero no se vaya. Perdóneme V.

Clau. Pues bien, me quedo. para que vea V. que no soy rencoroso, que soy indulgente, virtudes del corazón que no tiene el suyo.

Mat. Gracias, eso será como el llanto de los preferidos, como si cada criatura del mundo, los de arriba o los de abajo, pobre o rica, aristócrata o plebeya, no tuviera el corazón en su sitio para sentir las cosas y hasta para perder la cabeza. (Llora.)

Clau. ¿Otro llantito?

Mat. Es que soy muy desgraciada.

Clau. ¿Por lo del juramento?

Mat. Por lo del juramento y por todo cuanto me sucede en la vida. Había creido encontrar en V. un amigo a quien contar mis penas, que son muchas, y parece que por todas partes cierra Dios el camino de su gracia a mi alma pecadora.

Clau. A Dios y al tio Claudio ofenden esas palabras, Matilde. Porque ni aquel negó nunca su gracia, ni el tio Claudio pecó jamas por desatento y descortés. Y pa-

sando de las burlas a las veras, debo decirle, que cuantas picardías oisteis de mis labios, las tenga por no dichas, pues ellas no han tenido más alcance que el deseo de atraerla al campo de mis ideas, a este campo de paz y de humildad en que yo vivo, donde la sencillez del alma, la ingenuidad, ofrecen un estado de conciencia todo lo feliz que puede desearse.

Mat. ¡Feliz! ¿Crée V que puedo serlo yo?

Clau. Por qué no.

Mat. Porque son muchas mis tristezas. ¡Ay tio Claudio, si yo le contara a V.!

Clau. ¿Quien no tiene sus tristezas en el mundo?

Mat. Es verdad y ahora que caigo, tambien debe V. tener su penita, cuando le encontré llorando

Clau. Mi llanto en este caso no es de pena Matilde, sino todo lo contrario.

Mat. ¿Lloraba de alegria entonces?

Clau. Justo, de satisfacción.

Mat. ¡Qué hermoso debe ser ese llanto! ¿Y cómo se explica eso?

Clau. Pues lloraba de alegria porque tengo un hijo... ¿V. sabe?...

Mat. ¡Cómo! ¿V. tambien tiene un hijo?

Clau. ¡Vaya! ¡Cosa mas natural! .. ¡No veo por qué tanta extrañeza!

Mat Como no me ha dicho V. nunca nada.

Clau. Un hijo que es mi encanto y mi alegria, un hijo a quien estoy esperando de un momento a otro, despues de larga y triste ausencia.

Mat. ¡Sirviendo al rey, verdad? Y ha cumplido, y vuelve al lado de su padre. ¡Qué alegria debe V. tener, tio Claudio! Vaya; pues ya estoy yo deseando verle. Será como V. con las manos llenas de bellos, anchotas las espaldas y sobre

todo muy simpático ¿No es eso?

Clau. ¡Pero esto es el colmo del descaro! ¿Cómo puede ensartar tanto disparate en tan poco tiempo? No, mi hijo no ha servido ni a rey ni a Roque.

Mat. No se enfade V. tio Claudio. Despues de todo, creo que no he dicho ninguna tontería. Ya comprendo, lo tiene en algún colegio, y vendrá de vacaciones a descansar de sus estudios...

Clau. Justo, a descansar.

Mat. Y será muy aplicadito ¿eh?

Clau. (¿Se estará burlando?) Regular, nada más que regular.

Mat. ¡Pero hombre, sea V. galante y no me tenga así en la escalera, que se me clavan los pies en estos palos! ¿Por qué no me invita galantemente a que le visite? Todavía no ha tenido la atención de ofrecerme su casa.

Clau. ¿Va V. a darme ahora lecciones de educación? Yo no tenía que ofrecer nada a una niña que creyó encontrar en mí un payaso para su recreo y puesto que ya va siendo más juiciosa, sepa que este humilde rincón está siempre dispuesto a honrarse con su presencia.

Mat. ¡Bien! ¡Pero qué bien le ha salido! ¡Si parece que lo ha estado ensayando! Nada, nada, ahora mismo voy a vestirme para hacerle mi visita. Afortunadamente mi padre está en Córdoba. ¡Bravo, tio Claudio! Y gracias por la invitación ¡Ya verá, ya verá! Adios, hasta luego. Un beso..... Otro... . El último. (Tirándoselos.)

ESCENA V

CLAUDIO y a poco AGUSTIN y TRONCHO.

Clau. ¡Pero qué cabecita tan dislocada la de esa muñeca! No ha medio de hacerla pensar dos minutos seguidos. Muchas veces la oigo hablar razonando como una mujercita de juicio y de pronto me sale por los cerros de Ubeda con destempladas inocencias. Y es que no lo puede remediar. Corre por sus venas la enfermedad de esos hidalgotes: vanidad y mogigatería aguda. ¿Y es de estas muñequitas de marfil y rosa y de esos lechuguinos esmirriados de invernadero, de donde ha de nacer la raza que nos redima? ¡Pobres! ¡Si supieran el daño que nos hacen y el que ellos mismos se causan! ¡Pero no, el daño lo hacemos nosotros, los liberalotes, los bárbaros, los renegados! ¡Renegar yo de tí Dios mio, que me colmas de tu gracia divina!

Agus. Aquí tienes a este. Yo vuelvo allá, que está aquello solo.

Tron. Qué mándaste mi amo.

Clau. Nada hombre... ¡Ah! ¡Qué idea! Siéntate, espera. Ven tú Agustín (Aparte a Agustín) Oye; la marquesita va a llegar de visita de un momento a otro. Sabe que esperamos a Alfonso y quiero que pase este por hijo mio. ¿Entiendes?

Agus. Vaya si entiendo.

Clau. Pues anda, prepara un traje de Alfonso y ponte al acecho para avisarme cuando la veas venir. Mientras, preparo yo la comedia. Aún hay tiempo.

Agus. Voy a escape. Sí que tienes buen humor.

ESCENA VI

Dichos menos AGUSTIN

Clau ¡Valiente chasco! ¡Hola! ¿Eres tú el mozo que tomamos anoche?

Tron. (Sigue sentado.) Pa serví asté mi amo.

Clau. Bueno, pues tenemos que hablar. Ante todo ¿tú de donde eres?

Tron. ¿Yo? Pos de Cabra. ¿Osté se entera? Ya me lo preguntó anoche er zeñó Agustí ¿Osté se entera?

Clau. Sí que me entero. ¿Y qué hacías en Cabra?

Tron. (Levantándose.) Yo, pos rabiá... y luego ensima...

Clau. Y luego ensima. ¿Qué te pasó? Vamos, habla con franqueza. ¿Qué hacías allí?

Tron. Ayí, pos... pos. . ¿Osté sentera?

Clau. Lo que es ahora no me entero de nada. Estarías sirviendo ¿eh?

Tron. Pos sí questaba

Clau Vaya, hombre, vaya ¿Y te echaron, o te saliste?

Tron. Pos me echaron.

Clau. ¡Muy bonito! ¿Y por qué te echaron, vamos a ver?

Tron. Por bruto ¡Ya ve osté! ¿Yo bruto?

Clau. ¡Qué injusticia! ¿Y qué hiciste para que te echaran? ¿Qué brutalidad cometiste?

Tron. Pos... pos .. denguna ¿Osté se entera?

Clau. Todavia no, tú te explicarás.

Tron. Pos verá osté: Yo estaba en la noria sacando agua...

Clau. ¿Sacando agua?

Tron. Pos sacando agua, zi zeñó. Y va mi amo er zeñó Cristóbal, y me ice: Mia, anda ar molino der Roquete y dile a la Josefica que vaya esta noche a la cañá

e la Pitas sin que naide se entere, que ayí laspero ¡Y porque me echó a mi er zeñó Cristobal, vamo ja vé!

Clau. Ahora lo veremos, porque tú darías el recado, ¿verdad?

Tron. Y mu bien que lo dí. ¡Y la fatigas que pasé pa darlo! Como ca había llovio la noche anterió y venía er rio que daba mieo, y el agua sa había llevao er paso. Er molino se veia ayá... ayá... mu lejo... y en la puerta er molino la Josefica, y er porche er molino atestaico e gente que no podía vení pa acá Y yo, pos como que tenía que dá je recao, veraste que pesqui tuve.

Clau. Esperastes a que bajara el rio?

Tron. ¡Quiá!

Clau. Lo pasastes a nado?

Tron. ¡Quiá! Pa que senterara bien la Josefica, saqué too er resueyo que púe y le dí je el recao con toa mi juersa, asina: (Vocina con las manos y gritando.) ¡Josefica... e parte e mi amo er zeñó Cristoba que vayas esta noche a la cañá e la Pita sin que naide sentere, ca ayí taspera!

Clau. Pero demonio, ¿no te encargó tu amo que nadie se enterara?

Tron. ¡Mia este! A mi no, jué a eya.

Clau. (Como para darle un palo y se arrepiente.) Perfectamente, la verdad es que tu amo se portó mal con un servidor tan fiel.

Tron. ¡Pero ha visto osté! ¡Misté que echame a mí po bruto!

Clau. Bueno; pues volvamos a lo de antes. ¿Qué hacías en Cabra?

Tron. Po ayí, tira e la noria.

Clau. ¡Hombre! ¿pero qué oficio es ese?

Tron. Osté verá, como ofisio, yo era hortelano, pero como no había en la huerta ma que una cabayería que servia pa tó y po la tarde la zacaba er zeñorito e pazeo,

¿osté ze entera? po yo tenía que tirá, pa que er zeñorito saliera.

Clau. Muy bien; hablas de un modo maravilloso.

Tron. ¡Ay con mi amo!

Clau. ¿Y hace mucho tiempo que estás en Córdoba?

Tron. Mu poquiyo. Fartó er trabajo en Cabra y me tuve que vení.

Clau. Bueno hombre, bueno Y dime: ¿cómo te llamas?

Tron. Yo, pos Troncho.

Clau. ¿Qué dices, criatura?

Tron. Y po mal nombre; Frasquito.

Clau. Bueno, prefiero el mal nombre. Oye Frasquito. ¿Y si llegaste ayer, noche, es claro que no conocerás a una señorita que vive en la huerta de al lado, ni ella te conocerá a tí?

Tron. A mí, a mí no.

Clau. Pues bien, Troncho o Frasquito, escucha lo que voy a decirte, que es una cosa de mucha gravedad: Tu eres mi hijo.

Tron. (Cae de rodillas.) ¡Virge de mi corazón! ¡Quien habia e pensarlo! ¡Gueno ze va poné mi padre cuando zentere!

Clau. Levanta, hombre, levanta, y deja que me esplique. No, yo no soy tu padre, es que me conviene que pases por mi hijo algunos momentos. Oye; en la huerta de al lado vive una señorita muy guapa que va a venir aquí de visita y quiero que tú te presentes a ella como si fueras mi hijo y te declares con mucha finura.

Tron. ¿Y qué es eso e eclarase?

Clau. Hacerle el amor, hombre. Decirle que te quieres casar con ella.

Tron. ¡Ah! Güeno, güeno. Echámela po novia.

Clau. Justo, echártela por novia.

Tron. ¿Y eya quedrá?

Clau. A tí qué te importa Tú haces lo que yo te diga y nada más. Si lo haces bien, te hago un gran regalo.

Tron. Descudie osté mi amo. De mo, que yo, como si fua su hijo.

Clau. Eso es, pero como ella te preguntará muchas cosas, es preciso que tu las contestes con cierta discreción, con cierta finura.

Tron. Descudie osté mi amo, ya verá que bien ma apaño con eya.

Clau. Bueno, allá tú, pero lo que no tienes que olvidar es decir que te tengo estudiando en un colegio de Inglaterra. Esto sobre todo.

Tron. No hay ma que hablá. Osté verá mi amo.

ESCENA VII

Dichos y AGUSTIN

Agus. Claudio, ya llega, ya llega la marquesita, ya está muy cerca.

Clau. Pues anda, Agustín, llévate a este y vístelo de caballero, pero de un caballero que tire de espaldas. ¿Entiendes? pero pronto, ya sabes.

Agus. Vaya si entiendo. Anda Troncho. (Arrastrándole.)

Clau. ¡Ah! Cuando concluyas, te pones en un sitio donde no te vea la marquesita, pero que tú puedas vernos, y en cuanto yo saque el pañuelo, vienes y me llamas bajo cualquier pretexto

Agus. Bueno (Tirando de él.) Anda hombre, ven.

Clau. Por aquí, por aquí (Lado contrario) que no os vea.

ESCENA VIII

El TIO CLAUDIO y MATILDE

Clau. (Adelantándose.) ¿Señora Marquesa, tanto honor?

Mat. Acepté su galante invitación y aquí me tiene

Clau. Gracias, aquí, siéntese aquí, a la sombra de estas acacias. (No se sienta.)

Mat. No dirá V. que me hice rogar. (Fijándose en unas matas.) ¡Ah! ¿Son aquellas matas tronchadas las de los claveles que le han quitado?

Clau. Aquellas son, sí señora.

Mat. ¡Qué lástima! ¡Pero mire V. que es atrevimiento!

Clau. Más que atrevimiento. Un robo, un robo indigno.

Mat ¡Qué le parece a V !

Clau. (¿Estará tomándome el pelo?)

Mat. ¡Ay! qué violetas. ¡Qué cosa tan linda!

Clau. (Va a cojer violetas.) No tanto como los tulipanes de V. Esas sí que son flores, yo no los tengo así.

Mat. Son muy hermosos, ¿verdad? Pero ¿qué hace V.?

Clau. (Ofreciéndole un ramito.) Violetas, mi flor predilecta, símbolo de la modestia. Yo me complazco en ofrecerle estas humildísimas flores. Acójalas V. aunque sea un viejo quien se las ofrezca y aunque el delicado símbolo contraste con la frivolidad de su caracter.

Mat. ¡Digo! ¡Le parece a V.! Tio Claudio, que va haber aquí una que sea sonada Y sin embargo tomo sus flores para que vea que con tanto reñir he concluido por

tenerle afecto (Se sienta, huele y suspira.) ¡Ay!

Clau. ¿Suspiritos ahora?

Mat. ¡Vaya! ¿Pero cree V. de verdad que yo soy un alma estoica, una inteligencia nula, un ser inútil? ¡Ay viejecito mio que equivocado está V.! ¡Si V. supiera!

Clau. ¡Qué voy a saber yo!

Mat. ¡Ay tio Claudio, si V supiera los recuerdos que despiertan en mi alma estas violetas!

Clau. Vamos, ya estoy viendo el juramento.

Mat. Regresaba yo a España con el administrador despues de completar mi educación en el colegio de Francia, cuando en un cruce de trenes tuvieron que detenerse estos por no sé que causa.

Los viajeros que veniamos a Madrid y los que para Francia iban, nos dirijíamos a la estación próxima a esperar el aviso de marcha, cuando en uno de los muelles de carga, vimos con horror que de lo alto de una grúa caia una enorme caja sobre uno de los trabajadores ocupados en la faena.

Un grito de espanto salió de todos los labios, y yo fuí presa de un ataque de nervios terrible

Uno de los viajeros, joven distinguido y de una amabilidad desconocida para mí hasta entonces, se acercó a ofrecerme un poco de agua

Clau. Ya pareció el hombre

Mat. Diciéndome, que milagrosamente no había ocurrido una desgracia

Clau. No sigas Matilde, ya veo que a quien le ocurrió la desgracia fué a V. Primero palabras indiferentes que van animándose al calor de un mirar lánguido. Luego la frase amorosa de la naciente pasión .. la promesa. . la catastrófe del juramento... la felicidad en suma que disipa la

voz que grita «viajeros al tren»...

Mat. No se burle V. tio Claudio

Clau. ¿Burlarme yo? Lo que quiero decirle es que no se atormente, ya que el pícaro resultó perjuro y olvidadizo.

Mat ¡Olvidar! Si no cabe pensarlo ¡Aquella alteza de miras! ¡Aquella lealtad! ¡Oh! sí, no lo dude V. quedó bien prendida en la red la muñequita feudal, como dice V. viejo mio.

Clau El tiempo, gran doctor de almas, lo cura todo con remedios tan humanos, que ni rastro queda de pasados dolores.

Mat. Será así, no lo niego, pero a mí no me cura Y no crea V.. los pretendientes .. así (Juntando los dedos) No, no podré borrar nunca el recuerdo del dichoso minero

Clau. (Como si le picara una víbora.) ¡Demonio!

Mat. ¿Que es eso?

Clau. Nada, nada . un calambre... Ya pasó, continúe.

Mat. Estas violetas traen a mi imaginación sus últimas palabras; porque también me dió al despedirnos un ramito de violetas. Pero no me dijo al darmelo lo que V. me ha dicho, viejecito malo. Verá V , parece que lo estoy oyendo: Matilde una gran empresa en donde se juega mi porvenir, mi honra acaso, me obliga a separarme de V. en este momento en que sus ojos me dicen que no parta Si algún dia soy algo, iré en su busca Lo juro por la memoria de mi madre. Y era verdad, era verdad que yo le decía aquello con los ojos. ¡Ha visto V. tio Claudio!

Clau. ¿Y después, no ha vuelto a saber nada?

Mat. Como si lo hubiera tragado la tierra.

Clau. ¿Ni en los periódicos ha leido nada?

Mat. ¡Periódicos! Ni en Madrid ni aquí llegan jamás a mis manos ¡Cuando le di-

go a V. que es mucha mi pena! Parece que no tengo a nadie en el mundo. Siempre sola. ¿Ve V. esta visita? Pues buena me espera cuando se entere mi padre. Le digo a V. que es para perder la cabeza. ¿Pero V sabe algo del minero, ha leido V. algo, hable V. por Dios?

Clau. Leí hace poco el triunfo de un Ingeniero español. Un triunfo colosal. Dicen que ha hecho enloquecer a medio mundo con el descubrimiento de unas minas ¿Pero ha visto V.? Un hombre, un solo hombre con su inteligencia soberana, con su voluntad poderosa, hacer que surjan de una estéril tierra, fuentes inagotables de riqueza. Porque descubrirlas, es lo mismo que hacerlas brotar. ¿No es eso?

Mat. Sí, claro está.

Clau. ¡Luchar contra todo, vencer obstáculos y sobre ponerse y subir a la cumbre tremolando la bandera de los hombres libres...!

Mat. (Santigüandose.) ¡Pecado!

Clau. Porque esos triunfos los conquista solo quien lucha desde niño. Quien cultiva su entendimiento sin vanidades ni preocupaciones... Libre el corazón ..

Mat (Santigüandose.) ¡Pecado!

Clau. ¡Libre el entendimiento!...

Mat. (Santigüandose. ¡Pecado!

Clau ¿Pero qué está V. haciendo? ¿Se ha vuelto V. loca?

Mat Dice V. unas cosas... ¿Qué tiene que ver eso de libres ni libertad. (Santigüandose dos veces.) ¡Pecado! ¡Pecado! con lo que estamos hablando del minero. Tio Claudio, va V. derecho a los profundos.

Clau. Es V. insufrible. ¿Pero es que no he de

conseguir yo arrancarle tan ridículas preocupaciones?

Mat Perdone V. tio Claudio, ya no lo haré más. Pero siga, siga con la historia del minero.

Clau No quiero.

Mat. ¡Mal corazón! Qué tienen que ver mis preocupaciones, malas o buenas para que se porte V. tan mal conmigo en el preciso momento en que ha contribuido a las torturas de mi alma y a que no olvide. ¿A que recuerde, a que recuerde más? (Llora.) ¿Crée V. que los desgraciados son los que lloran de veras? Pues ya ve V. como yo soy más desgraciada que nadie. ¡Sin madre! ¡Sola siempre! ¡Tan solita en el mundo! ¡Ya ve V. como no oculto mis lágrimas! ¡Ya ve V. como no soy tan dura de corazón!

Clau. No siga, no siga llorando, sino quiere que me parta la cabeza contra esa tapia. Soy un majadero. Un mal hombre. Perdóneme V. Matilde, perdóneme V.

Mat. (Serenándose.) Tio Claudio, ¡qué bueno será tener madre!

Clau. (Congoja.) Bueno, ¿es que quiere hacerme llorar para su desquite? (Pausa.)

Clau. ¿Con que tan solita?

Mat. Tan solita, ¡para que V. vea!

Clau. Vamos a ver, ¿cómo se llama el minerito de sus ensueños?

Mat. Alfonso

Clau. (Gran emoción.) ¿Y qué mas?

Mat. Jiménez (Contrariada por la vulgaridad del apellido.) Pero no crea V.... debe ser. . un Jiménez de Cisneros o cosa parecida. Porque un Ingeniero tan distinguido no va a ser un Jiménez cualquiera.

Clau. ¡Ea! ¡Ya salieron los humos! ¿De modo que ese Jiménez ha de ser aristócrata por fuerza? ¿Pero no le he dicho una y

mil veces, cabecita huera, que el apellido del hombre toma lustre o se denigra por sus actos solamente? Mire V. yo soy el tio Claudio mondo y lirondo, nadie conoce mi apellido y si lo conoce, nadie se acuerda de él ¿V. lo oyó en boca de alguien?

Mat. (Signo negativo.)

Clau. Pues bien; pregunte V. en la sierra de Córdoba y si quiere en toda la provincia por el tio Claudio el del Limonar, y lo que le digan a V. cuando le contesten, eso será precisamente lo que ilustre y honre a este tío. ¿No se convence? Bueno. Pero es la verdad, que V. como todo el mundo se conforma con mi nombre histórico. ¡El tio Claudio! ¡Qué bien suena! ¿Verdad? ¿A que no ha necesitado V. todavia oir mi apellido para apreciarme un poco y hasta para quererme, a pesar de que tanto le hago rabiar?

Mat. Tio Claudio, ¿va V. a darse importancia ahora?

Clau. Nada de importancia, la verdad. ¿A que no tuvo V. necesidad de saber mi apellido? Porque V. no lo conoce, ¿no es así?

Mat. Cierto, no lo pregunté ni hablé con nadie que por casualidad me lo dijera. Esta es la ocasión para que V. me lo diga.

Clau. ¿Ni cuando estuvo V. en Córdoba en otras ocasiones?

Mat. ¡Que tonto! ¿Pues no sabe V. que yo nunca estuve en Córdoba? Nací en Córdoba, pero mis padres me llevaron a Madrid, chiquita, muy chiquita. Murió mi madre, y mi padre me llevó al colegio de Francia hasta que hace dos años me trajeron a Madrid.

Conocí al minero. Yo esperaba, esperaba... pero nada supe, y como tenía muchas ganas de llorar, me acometió el

deseo de venir a mi huerta de la sierra, y dije: ¡adios Madrid!, se quedó Madrid sin gente y yó vine a la sierra. Pero siga lo del Ingeniero español!

Clau. Para qué; si este Ingeniero no es el minerito de marras.

Mat. ¿Por qué lo sabe V.?

Clau. Porque este Alfonso no es un Jiménez de Cisneros, sino un Jiménez García; ya ve V. qué apellido tan vulgar.

Mat. No me atormente V más, tio Claudio. Le he mentido, le he mentido. Es el mismo, el mismo. Tenga V. lástima de mí. ¡Cuénteme! ¡Que yo sepa algo! ¿Le conoce V.?

Clau. ¡Qué voy a conocer yo!

Mat. Es verdad ... ¡el tio Claudio! ... ¡Qué lástima! ...

Clau. ¡Lástima! (Indignación) ¿De quien? ¿De este pobrete?... ¿De modo, que despues de haberle demostrado tantas veces que yo soy... quien soy, me supone de tan baja ralea, tan pequeño, que no pueda tener trato ni amistad con los grandes? Pues bien; ha llegado la hora de las grandes inmodestias, de la soberbia, de la vanidad. Sepa V señora Marquesa de Quinta Rosa, que don Alfonso Jiménez y García es nada menos que... el director facultativo de mis minas de la sierra, gran amigo mío y un modesto y cariñoso padre de familia (Tómate esa)

Mat. ¡Casado! ¡Imposible! V. me engaña, V. me engaña como siempre.

ESCENA IX

Dichos y AGUSTIN

Agus. Claudio, acaban de llegar unos amigos

de tu hijo que desean verle. Salió a ver la fuente y voy a llamarlo.

ESCENA X

Dichos menos AGUSTIN

Clau. Voy, voy enseguida. Señora Marquesa, cortemos esta enojosa conversación. Con las historias de V. se me olvidó decirle que había venido mi hijo. Llegó cuando se retiraba V. de la tapia No se retire de aquí, espere, vengo al momento.

Mat. Me voy entonces, me voy.

Clau. Digo que vuelvo enseguida, no se marche.

Mat. ¡Tio Claudio! ¿pero no ve que me voy a caer redonda al suelo de dolor? ¡Si no es posible! ¡Si no puede ser verdad lo que V. me ha dicho! ¡Me volvería loca!

Clau. (¡Demontre de muchacha!) Calma, mas calma Matilde, que no es para tanto la cosa. No... no se ha casado todavía, pero se casará.

Mat. (Mucha alegría) ¡Ah! ¡Se casará, vaya si se casará!

Clau. Señor, ¡qué vehemencia! No creí nunca que un solo recuerdo, un simple juramento causara tantos estragos.

Mat. No lo sabe V. muy bien. ¿Pero es verdad que V. le conoce? ¿que es su amigo? ¿que no quiere a nadie?

Clau. ¡Ea! Basta. Le digo honradamente que es mi mejor amigo, que es muy posible que venga de un día a otro a ver mis minas, que le presentaré a V. si es su deseo, pero de eso, a que yo conozca los secretos de su vida, comprenda que

es una nueva tontería de V. Además, entiendo que debe V ser mas juiciosa y resignarse si hubo desengaño. ¡Qué demontre! ¡Aun quedan hombres en el mundo! Pero espere un momento nada más.

ESCENA XI

MATILDE

¡Que casualidad! ¡Parece un sueño todo cuanto está pasando! Las noticias del tio Claudio han despertado en mi alma todo un mundo de esperanzas, ¿será verdad que voy a verle? ¡Dios mio! ¡Pero.. y si todo fué un sueño.. una ilusión! ¡Que cosa! Ahora que pienso con más fuerza en él, que le veo mas cerca, siento que mi corazón desfallece de temor. Quisiera saber ahora mismo la verdad y me espanto ante una felicidad infinita o un desengaño inmenso.
El pobre del tio Claudio a quien quiero más cada día, me aconsejaba resignación. El tio Claudio sabe mucho, tiene gran experiencia de la vida y ve claramente la realidad de las cosas... Desde el día que nos conocimos, ni una noticia, ni una carta, ni el menor recuerdo de juramento... (Ensimismada.)

ESCENA XII

MATILDE y TRONCHO

Tron. (Cauteloso) Esta es la mia.
Mat. (Asustada) ¡Ay!
Tron. ¡Maree... que jembra!

Mat. (Inquieta) Quien es V. Qué quiere.

Tron. ¿Que quien soy yo? Pero osté no me lo ha conosio en la cara?

Mat. No... no... no Señor.

Tron. ¡Ande osté yá! Paese mentira que me diga osté esas cosas, ¿pero de veras que no sabosté quien soy?

Mat. No... no... le digo que no.

Tron. (Ríe) Pos yo .. soy yo.

Mat. Bueno... bueno... quedo enterada.

Tron. E izí... yo soy el hijo.

Mat. ¡Ah! ¿Pero es V. el que ha venido? ¿El hijo del tio Claudio? (Mirándole con pasmo)

Tron. El mesmo. ¡Como me miraa! Me paese que estoy dando gorpe.

Mat. (Pero Señor, ¿es posible que el amor paternal ciegue tanto?) Conque ha venido V. yá.

Tron. Pos sí que vine.

Mat. Perdóneme Señor. ¿Tiene V. la bondad de decirme su gracia?

Tron. Qué grasia.

Mat. Su nombre, quise decir.

Tron. ¡Ah! Pos yo me yamo... me yamo... pos Troncho.

Mat. ¡Troncho! ¡Ave Maria Purísima!

Tron. (Se está queando tonta na ma que e verme.)

Mat. ¿Conque dos años? ¿Y un viaje tan largo? Pero siéntese V. aquí, a mi lado.

Tron. ¿Que ma siente a su vera de osté?

Mat. Para que vea que le trato sin ceremonia. Tiene V. para poseer mi confianza un título muy hermoso: el de la amistad y el cariño que profeso a su señor padre.

Tron. Qué padre.

Mat. Pero hombre, a su padre de V.

Tron. ¡Ah! sí, sí.

Mat. ¿Y de donde viene V. ahora? ¿De Madrid?

Tron. Ca, no zeñora .., pos vengo... de Ingalaterra.

Mat. ¡Qué atrocidad! ¿Estudiaba V., verdad? ¿Estará V. aprendiendo el idioma?

Tron. ¿Y ezo que e?

Mat. ¡Hombre, hablar el inglés!

Tron. ¿En inglé? Ca, yo no hasía eso Yo hasía na ma que sembrá coles y too lo que caía y aluego por la tarde, tirá e la noria.

Mat. (Va a irse) Vaya hombre, pues siga V. tirando. ¡Qué hombre! En mi vida he visto nada igual.

Tron. ¿Pero es que se va osté a dí? (Poniéndose delante)

Mat. A no ser que V. me lo impida; pero no, le creo a V. bastante amable para no hacerlo V. tendrá la bondad de despedirme de su señor padre.

Tron. ¿Pero se va osté a dí de verdá? Aguarde osté que tengo yo que icirle una cosa mu güena. (Impide la marcha)

Mat. ¿Que va V a decirme una cosa muy buena?

Tron. ¡Cabá, a que se la digo asté!

Mat. Pero hombre de Dios ¿que es esto?

Tron. (Le tira el corazón) ¿No ma entendío osté toavia?

Mat. ¡Dios mio, si estará loco! ¡Y no me deja salir! ¡Tio Claudio! Y el tio Claudio que no viene ¡Terminemos, Señor mio! ¡Déjeme salir!

Tron. Misté... lo que yo... en fin, po ayá voy. Dende que la vi asté estoy sintiendo una coza así com un jormigueo aquí drento. (Corazón) ¿Osté se quié casá cormigo... misté que voy con güen fin.

Mat. ¡Socorro! ¡Insolente! ¡Déjeme... déjeme salir!

Tron. ¡Ay con esta! ¿Es que no la entendio?

Mat ¡Quítese de mi vista!

Tron. ¡Andosté so escastá!
Mat. ¡Esto es horrible, bochornoso! ¡Tio Claudio! ¡Tio Claudio!
Tron. ¿Pero me quieosté po novio, si u no?
Mat. ¡Tio Claudio! ¡Tio Claudio!

ESCENA XIII

Dichos y EL TIO CLAUDIO, a poco, vase TRONCHO

Clau. ¿Que es eso? ¿Qué ocurre? ¡Hola, eres tú! Hombre, pues apenas si te hemos buscado. Anda, vete, que te esperan unos amigos que quieren verte.
Tron. ¿Que me vaya pa el cortijo?
Clau. Sí, hombre, vete. (Se va)
Mat. Tio Claudio, esto es una acción indigna. Yo, yo le digo a V. que ese no puede ser su hijo.
Clau. Que no. ¡Vaya si lo es! Comprendo que es algo tosco, pero es un gran corazón. Ya, ya iré amaestrándolo para que pueda frecuentar su trato.
Mat. Tio Claudio, ¿se ha vuelto V. loco?
Clau. Pero ha visto V. a pesar de todo, qué gallardo, qué noble. Es el consuelo y el orgullo de mi vejez.
Mat. Pero hasta cuando van a durar estas burlas. Ese no es su hijo, eso es un animal feroz. Ea.
Clau. No tanto, no tanto. ¡Quien sabe las vueltas que puede dar el mundo! Quien sabe si todavía... en fin, ya sabe V. los deseos del chico.
Mat. ¿Pero habla V. en serio?
Clau. A que al fin y al cabo se realizan los sueños dorados del muchacho
Mat. Confieso que no tengo ganas de reir, pero crea que en otras circunstancias me desternillaría de risa.

Clau. Bueno; pues yo le apuesto a V. cualquier cosa a que me suplica V. que la case con mi hijo y le ofrezco que no he de dar mi permiso hasta que renuncie V. a todas sus antigüallas, a todas sus preocupaciones, hasta que diga conmigo estas hermosas palabras: ¡Vi . va. . la... li .. ber .. tad! ..

Mat. Vaya, pues lo veremos. Pero es tarde, me voy. ¿Y cuando será esa boda, tio Claudio?

Clau. ¡Quien sabe, quizá muy pronto!

Mat. Pues lo veremos, V. lo pase bien, y si quiere, puede hacerme el favor de decirle a don Alfonso cuando le vea, que vivo ahí al lado.

Clau. Nada tiene que ver una cosa con la otra, se lo diré, no tenga V. duda.

Mat. Gracias y adios. ¡Ah! Memorias a sus claveles.

Clau. Tambien veremos eso, señora Marquesa.

Mat. Pues buenas tardes.

Clau. Adios, querida nuera.

Mat. Adios, suegro futuro

Clau. Buena lección, ha sido muy cruel, pero necesaria. Vamos a otra.

TELÓN

Acto Segundo

La misma decoración que el acto anterior. La tarde está mas que mediada.

ESCENA PRIMERA

AGUSTIN y a poco EL TIO CLAUDIO

Agus. Le esperaré aquí que es donde viene despues del paseo por la huerta (Lleva cartas y periódicos.) Hoy ya tiene para entretenerse un rato. Parece mentira que a su edad, conserve la cabeza tan firme para trabajar tanto como trabaja Esta noche tiene con esto, tela cortada para un rato. ¡Es mucho hombre este Claudio! Tanto como trabaja y aún tiene humor para bromear con la Marquesita. ¡Buena estuvo la de ayer! Creo que no le habrán quedado ganas para asomarse a la tapia en mucho tiempo. Allí viene.

Clau. ¿Que traes, Agustín?

Agus. Ya lo ves, lo de siempre, el correo.

Clau. ¡Caramba! Cuantas cartas, dame, dame. (Toma las cartas) ¡Hola! El administrador de Córdoba ha vendido dos hoteles en el Gran Capitán.

Agus. Pues ya importaran un pico.

Clau. En efecto, los ha vendido bien. Mira. (Se la dá)

Agus. No está mal, pero ya sabes que todo el dinero es poco para pagar la solidez con que los construimos. Pero me choca, me choca que hayan tardado tanto en venderse, esos que son de los mejores. Yo creí que nos los quitarían de las manos.

Clau. No hay prisa Agustín. El administrador tiene mis instrucciones No comen pan como vulgarmente se dice y quiero que se vendan por su precio Toma, esta carta es para Alfonso... y esta .. y todas estas. Observa Agustín, todas traen tachada la dirección de Madrid y dirijidas aquí, a la huerta de El Limonar en Córdoba. Todo lo cual quiere decir que nuestro hombre tal vez a estas horas se encuentre en camino. Son cartas del extrangero, de los Estados Unidos, de Londres, hasta de Rusia. (Los periódicos quedarán sobre el banco)

Agus. A que ni aún aquí nos lo van a dejar tranquilo Pero se equivocan, porque nosotros no le dejaremos ir aunque se empeñen todos los mineros del mundo. ¿Verdad, Claudio?

Clau. De ninguna manera. Pues no faltaba más Despues de dos años sin verlo y de las penitas que ha pasado el muchacho. Cada vez que me acuerdo, me dan ganas de llorar.

Agus. Calla, calla por Dios, que yo tambien sufrí mucho cuando supe sus apuros.

Clau. Pobre hijo, ¡cuantos sufrimientos! Si su madre levantara la cabeza! (Llanto y transición) Pero oye, ¿te parece a tí regular que nos echemos a llorar teniendo tan cerca la alegría?

Agus. Tienes razón No hay que pensar en lo pasado.

Clau. Hombre, lo que me ha puesto a pensar es lo que supe ayer por esa Marquesita, sin saber ella que se trataba de mi hijo Verás: Cuando marchó Alfonso hace dos años a las minas, parece ser, que en el camino, debido a un percance ferroviario, conoció a Matilde que regresaba con su administrador a Madrid despues de su educación en un colegio de Francia. Que mientras arreglaban la avería, tuvieron tiempo para enamorarse hasta tal punto, que llegaron al caso de un juramento de amor y que después de aquel encuentro, la Marquesita no volvió a tener la menor noticia de Alfonso. Yo que conozco a mi hijo, veo en este asunto un misterio que no he podido explicarme todavia. ¿Fué aquello una impresión del momento? ¿Una ilusión pasagera? ¿Una chiquillada? No lo sé, pero ya lo averiguaré.

Agus. Sabes que es eso una de las casualidades de las pocas que en la vida se presentan.

Clau. Es lo más raro del mundo. Pero no es eso lo malo; lo peor es, que esa muñeca está locamente enamorada del minerito como ella le llama y ni por nada ni por nadie le olvida. ¡Pobre Matilde! Y no creas Agustín, que me desagrada la idea de deshacer un error cualquiera que pueda disipar su pena, porque Matilde, a pesar de sus remilgos aristocráticos, es una de las almas mas buenas que he conocido. En fin, allá veremos.

ESCENA II

Dichos y TRONCHO, AGUSTÍN se marcha a poco

Tron. Zeñó Agustí, que vaya osté, que está esperando la gente ca gorvío el trabajo.

Agus. Voy, voy enseguida. (Vase.)

Tron. Me porté bien, mi amo.

Clau. Si no te quitas de mi vista, te rompo la cabeza.

Tron. Po que quería osté que hiciera ¿ca pretara ma? ¡Po habémelo dicho!

Clau. Silencio. (Pensativo)

Tron. Güeno, mi amo, ya me cayo.

Clau. Silencio he dicho.

Tron. Pero si yo no he dicho na, mi amo.

Clau. ¡Hombre!, ¿no te he dicho que te calles?

Tron. ¡Pero po la vigen santízima, mi amo, zi yo no digo una palabra!

Clau. Vamos, cederé yo porque de otro modo no acabaremos nunca. (Pausa) Oye Troncho, ¿sabes tú poner trampas?

Tron. Pa qué. ¿Pa cojé gorriones?

Clau. No; para cojer granujas.

Tron. ¡Ay con mi amo!

Clau. ¿Sabes o no?

Tron. Pos ya se ve que sé.

Clau. Bien, tú te las arreglarás como puedas. Ven, ven aquí. ¿Ves aquel plantel de claveles? Pues alrededor quiero que pongas las trampas. Me quitan casi todas las noches mis claveles y no quiero que me los quiten más ¿Entiendes?

Tron. Vaya si entiendo mi amo, osté verá.

Clau. Pero no es eso todo. Deseo que hagas las trampas de tal manera, que al caer el ladrón en ellas, no se haga daño, sino que se asuste; pues para que te enteres, se trata de la señorita de ayer a quien

queremos darle un susto, nada mas que un susto.

Tron. ¿Po es que va a vení otra ve?

Clau. Sí, la esperamos, pero no de visita, sino ocultamente, sin que nadie la vea para llevarse mis claveles.

Tron. ¿Y po onde va entrá pa eso?

Clau. Entra por el hueco de la acequia de riego que hay al final de esta tapia, allá arriba

Tron ¡Ah! Güeno, güeno.

Clau Atiende Frasquito. La marquesita elije para llevarse mis claveles las noches mas claras de luna, y como esta noche la hace, es fácil que venga.

Tron Pos verá osté como cae, voa a jacé las trampas ahora mesmo.

Clau. Oye, ¿pero tú tienes seguridad de que al caer no se hará daño alguno?

Tron. Ca, no zeñó, nenguno. Y si se rompe un brazo o una pata, pos que se la gobiernen.

Clau. Me asustas Troncho, me asustas. Mira, más vale que no hagas nada. Déjalo, déjalo, vete.

Tron. Po si osté quié que la pille de otro mo, pos tambié pueo pillala.

Clau. Como, ¿a ver cómo?

Tron. Veraste mi amo En cuantico escuresca me pongo atinela en la regaera sin que naide me vea, y en cuanto se cuele, pongo una piedra mu grande en el abujero. y ya no pue salí.

Clau. Magnífico, Troncho. No te creia tan listo.

Tron. Llego yo entonces, la pillo, le doy una paliza y me la llevo pa el cortijo.

Clau. No seas animal, Troncho, ¿no te he dicho que no quiero hacerle el menor daño?

Tron. Po entonses ¿me eclaro otra ve?

Clau. Tampoco. Tú no tienes que hacer otra cosa si entra, que tapar el agujero con la piedra y avisarme enseguida, ¿lo entiendes bien? ¡Cuidado, Troncho, no vayas a hacer alguna barbaridad!

Tron. Pierda osté cuidao mi amo, que no me sentirá ni la tierra.

Clau. Pues anda ve y dile a Agustín, que te dé de comer, y en cuanto obscurezca, a tu escondite.

Tron. Voy mi amo.

ESCENA III

EL HIJO CLAUDIO

Admirable Troncho ¡Eres todo lo que se llama un personaje Cervantino con sus ribetes de ingenio!

¡Ah! ladrón, si esta noche intentas robarme los claveles. ¡Ah! muñequita feudal, si como sospecho eres tú la ladrona Prepárate para la segunda lección. ¡Pues no faltaba más sino que esté yo todo un año cuidando mis flores para que luego vengan y se las lleven y me tronchen las matas!

Bueno; pues supongamos que esta noche cae ¿Qué hago yo con ella? ¿vamos a ver? La llamaré hipócrita, falsa, la... no, ladrona no, porque se echaría a llorar y me dá mucha pena. El caso es que caiga y ya veremos ¿Eh?... Parece que oigo ruido de campanillos .. lejano... muy lejano... Desde que espero a mi hijo, cualquier ruido me parece cascabeleo de colleras... y se me hiela la sangre... y quedo sin fuerzas .. y sin aliento . Pero ahora .. ahora no es ilusión... bien claro lo percibo... ¡Que repi-

queteo tan grande! Ya se acerca... mas aún... Ya han parado... Señor, hay dichas en el mundo que hacen sufrir como los dolores mas hondos (Desfallece.) ¡No puedo moverme! ¡Me faltan las fuerzas quizá por primera vez en mi vida! ¡Mis sienes laten! ¿Y si no es mi hijo? Pero sí, es él, oigo su voz.

Alfon. (Dentro) ¿Agustín, y mi padre?

Agus. (Dentro) Por aquí, por aquí. ¡Claudio! ¡Claudio!

Alfon. (Dentro) ¿Pero donde estas, padre?

Clau. (Se levanta) Aquí, hijo, aquí. (Se abrazan)

ESCENA IV

El tio CLAUDIO, ALFONSO y el tio AGUSTÍN que se va enseguida

Alfon. Vamos viejecito mio, ánimo.

Clau. ¡Ay Alfonso!

Alfon. ¡Por Dios, padre!

Clau. Bien venido, hijo mio, a este hogar que santificó una buena madre y hoy lo ennoblece el hijo, un sabio y un hombre de bien.

Alfon. ¿Y tú, padre? ¿Sin ti, qué hubiera sido de este hogar y de tu hijo? Sin estas canas venerables que eran mi amor y mi sostén ¿hubiera yo triunfado? Pero no hablemos de eso ahora

Alfon. Hola, Agustín

Agus. Bien venido, Alfonso. (Le alarga la mano)

Alfon. A mis brazos, hombre, a mis brazos, como siempre

Agus. ¡Alfonso! (Llora)

Clau. Ea, ea, Agustín, déjanos solos. (Vase Agustín) Ven, siéntate aquí, siéntate Quiero hablarte, quiero oirte. Siéntate hijo.

Alfon. ¿Qué me quieres oir y qué he de decirte? Ya te lo conté todo en mis cartas. Lo que no te conté, te lo habrás figurado.

Clau. ¡Y no haberme dicho nada!

Alfon. Porque tu tranquilidad, padre, era para mí antes que todo.

Cuando yo con los datos que me dieron visité las minas, cuando hice mis experimentos y mis estudios, y deduje que allí debia estar la riqueza.... entonces, entonces fué cuando empezó mi calvario. Yo estaba convencido, yo tenia fé, pero ¿cómo llevar esta fé, esta convicción al ánimo de los demás?

Poner en práctica mis planes por mí sólo, era imposible Mi fortuna personal, la que heredé de mi madre, hubiera sido una gota de agua en un mar inmenso.

Clau. ¿Y no me tenias a mi?

Alfon. Hubiera sido una gota mas, padre. Ademas, desde el primer momento me habia jurado no turbar tu reposo en aquella gran lucha que iba a sostener.

Era preciso adquirir aquellas planicies enormes, máquinas de todas clases, sostener una inmensa familia obrera, Dios sabe cuanto tiempo ¡Quien lo hubiera podido calcular! Hasta que la riqueza se hallase.

Era necesario la reunión de muchos capitales para emprender la gran obra.

Clau. Hijo mio. Bien hicistes en no contarme nada, hubiera muerto de inquietud pensando en tí.

Alfon. Convencer a un hombre, a dos, a ciento, reunir todas sus voluntades, hacerles sentir todo lo que yo sentía, hacerles confiar en todo lo que yo confiaba, fué para mí obra de gigantes, pero lo conseguí al fin.

Clau. Bien, hijo mio, bien.

Alfon. Pero cuando estuvo conseguido, cuando pasó algún tiempo sin que la riqueza se hallase, empezó la segunda parte, la parte más dolorosa de la lucha, la lucha contra la calumnia, contra la indiferencia, porque la indiferencia, padre, yo te lo digo, es el mayor enemigo, el más terrible enemigo de las aspiraciones nobles.

¡El filón hacía falta! ¡Era mi única arma para vencer! Yo lo buscaba con fé, con esperanza de hallarlo y mientras tanto el enemigo esgrimía todas las suyas, sin tener a nadie enfrente que le contrarrestara.

Yo pedía siempre más, y más se me daba, sin tener en cuenta que mi grito de más, más, era como puñal que iba poco a poco hundiéndome en el cuello. Se inició el desaliento, la desconfianza y entonces a mi grito respondieron ya con la duda y el desvio. ¡Oh padre! Y yo estaba convencido. Allí, bajo mis pies, casi al alcance de mi mano, las entrañas de la tierra, estériles hasta entonces, iban a convertirse pronto en raudal inagotable de riquezas

Un dia sorprendióme la visita de una comisión de Ingenieros Belgas y Alemanes enviados por la compañía para la inspección y reconocimiento de los trabajos. Era el agudo puñal de la calumnia y de la envidia que se acercaba a mi corazón para herirle, el más cruel agravio inferido a los Ingenieros Españoles en el último, en el más humilde de los individuos del glorioso Cuerpo.

¡Que angustia! Perdida la confianza, teniendo que sujetar la explotación a los

escasos medios que recibía, pensé en el fracaso, en el descrédito, en mi deshonra profesional, tal vez en la muerte. Y allí, en mis soledades del corazón de la tierra, pensaba frenético en mi madre, en tí; pensaba en otra visión adorada que se alejaba de mí para siempre...

Entonces, padre, como último recurso en el cual puse en juego mi vida, comprometí mi fortuna y con ella y el auxilio de algunos compañeros de carrera, accionistas de las minas, que desde el comienzo tenían confianza en mí, acometí dia y noche un rudo trabajo de exploración. Profundizar más metros, más, era mi único afán. Llegar al filón que lo veian mis ojos al alcance próximo de mis manos, envuelto en la dura roca que hubiera querido abrasar con el fuego de mis ojos.

Por fin, una mañana, a la explosión de un barreno, un grito de alegría brotó de nuestros pechos anhelantes, repercutió por aquellas negras galerías y salió al espacio libre por las bocas de las minas inundando al mundo.

El filón habia sido roto en mil pedazos al empuje de la explosión. Sí, allí estaba el filón que habian visto mis ojos, el manantial inagotable de tesoros, la espada vencedora que al fin podia esgrimir para matar de un solo golpe la calumnia, la envidia, la indiferencia.

Para desvanecer los desalientos y la desconfianza. Era la verdad y allí estaba anunciando la fortuna y el poderío de todos. ¡La verdad resplandeciente iluminando mi honra, la honra de tu hijo cuando iba a morir en la última, en la más honda capa de la tierra!

Clau. Vamos Alfonso. ¿Será preciso que yo te infunda valor ahora?

Alfon No padre, tienes razón. Ya pasó todo.

Clau. Bien, bien; hablaremos de este asunto con más calma. ¿Supongo que no creerás que me he satisfecho tan pronto? Ahora a cenar y luego, a dormir. Estarás muy cansado. Mañana te enseñaré mis flores.

Alfon. No, no estoy cansado. Aquí se está bien, padre. ¡Siento un manso bienestar acariciado blandamente por el perfume de esas flores! ¡Violetas! ¡Qué delicioso olor!

Clau. Oye, ahora que recuerdo, te haré una pregunta. No creas, es cosa de importancia

Alfon Me pones en cuidado, ¿que es ello?

Clau. No es tampoco para alarmarse, pero, en tu historia recojí unas palabras extrañas. Hablabas de una visión adorada que se alejaba de tí para siempre como otro imposible.

Alfon. ¡Oh, padre!

Clau. ¿De modo, que hay en el mundo una mujer que es para ti tanto como la vida, cuando en trances tan supremos piensas en ella?

Alfon. No te engaño, es verdad.

Clau. ¿Y por qué esa pena? ¿Tanto le amas?

Alfon. No sé decírtelo, pero el triunfo, la misma gloria, son penas que me hieren, como espinas en el corazón, porque no puedo ofrecérselas... y ella...

Clau ¿Qué vas a decir muchacho? ¿Que ella no te quiere? No seas tonto, a un hombre, como tú, le quiere todo el mundo.

Alfon. ¡No todos han de pensar como tú, padre! Además, no se trata de una conexión amorosa. Se trata de una impresión momentánea, de una ilusión frívo-

la tal vez, de una chiquillada si quieres, pero de apariencia tan extraña, que turba mi reposo. Aquí donde me ves, con toda esa sabiduría que me atribuyes, no soy más que un romántico galán despechado, que sueña con la promesa de un amor nacido con la fuerza de las grandes pasiones.

Clau. ¡Hola, hola! ¡Soñar! Se sueña lo que se desea .. lo que se pierde ..

Alfon. Justo, lo que se pierde... pero más aun lo que se duda, que nos hace soñar despiertos.

Clau. Esto es lo malo que teneis los grandes hombres, en enamorándose, tan tontos como los demás. Calma hombre, que ya se arreglará todo.

Alfon. Mis amores, padre, no se parecen a los de ningún hombre. Cuando la conocí, terminaba su educación en un colegio de Francia. Hablamos unas pocas horas, pero hablamos tanto y con tal intensidad, que fué lo suficiente para poder apreciar en ella un carácter pensador, un alma pura, un corazón divino. Y cosa rara, entre tan bellas cualidades, asomaba el refinado orgullo de su nobleza, la preocupación de su linaje...

Clau. Dímelo tu a mi.

Alfon. ¿Qué dices?

Clau. Nada, nada. Continúa.

Alfon. Sin embargo, la ví llorar y me dijo, besando un ramito de flores, que yo acababa de darle....

Clau. Sı; un ramito de violetas.

Alfon. Pero padre ¿qué dices?

Clau. Te digo que nada, continúa.

Alfon. Pero, es que fueron violetas las que le dí.

Clau. ¡Ah! ¿Conque fueron violetas? ¡Para que veas la perspicacia de un viejo¡ Va-

mos, cuenta lo que te dijo.

Alfon. Me parece oirla. «Tenga V. fé, vencedor ó vencido, le espera un alma honrada, con alegrias para sus alegrias, con lágrimas sinceras para sus pesadumbres» Ya ves.

Clau. Entonces.... ¿que temes? ¿En qué funda esas dudas?

Alfon. En esas preocupaciones de raza que han motivado seguramente un arrepentimiento, un olvido. A mi regreso á Madrid la he buscado y no he podido encontrarla. El palacio donde vivia lo he visto cerrado y nadie me dió noticias de sus dueños.

No, no me es posible vivir en esta incertidumbre; me aguardabas y he venido, pero tú eres bueno y me dejarás ir en busca suya, me dejarás coronar mi gloria.

Clau. ¡Ah! sí, si, claro que te dejaré ir en busca de tu Marquesa.

Alfon. ¿Qué dices? ¡Habla padre! ¿Por qué has dicho Marquesa?

Clau. Pero donde vas á parar muchacho. ¡Dije Marquesa y me quedé corto! Una reina seria poco para mí.

Alfon. No me convences. Tu me ocultas algo.

Clau. Pues bién; aclaremos un punto de tu relato y hablaré.

Alfon. Explícate.

Clau. Es cierto. Conozco a tu bella ingrata y sé que te quiere con pasión, con delirio. De modo, que por este lado, ya puedes estar tranquilo. Ella misma sin saber que tu eres mi hijo, porque todavía ni lo sospecha siquiera, me contó ayer el choque de trenes que ocasionó ese otro encontranazo de vuestras almas.

Alfon. ¡Ah! ¿si?

Clau. Si, hombre, si. Y aquí entra el punto de

mis dudas, porque resulta que sí tu estás tocado de despecho, ella está apenadísima por la traición de su minerito.

Alfon. ¿Traición? ¿Qué más pude hacer que confirmarle mis promesas, tan pronto llegué a las minas?

Clau. ¿De modo que le escribistes? (Pensativo)

Alfon. Claro está que le escribí, no en una, sino en varias ocasiones.

Clau. ¡Ah! Pués ya tenemos aclarado el misterio. Yo pensé. .. Ese noblote de su padre ha secuestrado tus cartas para que no pudieran perturbar sus malvadas intenciones.

Alfon. Me sorprendes, me aterras.

Clau. Te digo que estés tranquilo Que nada tienes que temer. No es uno una escopeta para decirlo todo de una vez. La vida, hijo, es muy complicada y hay que andar con piés de plomo. Verás: ese aristócrata se halla arruinado de tal modo, que hasta Manrubiales, que era su último refugio, va a ser vendido judicialmente un dia de estos. Como el capital procede de la madre de Matilde y ese haragán no ha sabido más que derrocharlo en sus correrías por el extrangero, era conveniente, a sus planes, evitar, por todos los medios, que alguna noticia pudiera descubrir á Matilde la verdad de su situación y para conseguirlo; ni carta, ni periódico, ni trato con nadíe le permiten, y si lo tuvo conmigo, es porque me suponen un rústico, un pobre hombre de la sierra, un ignorante. Ya ves, hasta me llaman el tío Claudio. Además, la vulgaridad de nuestro apellido ha hecho sin duda que te tomen por un Jiménez cualquiera.

Alfon. Bien padre, yo te descubrí un mundo de

riquezas y tu me das un mundo de felicidad.

Clau. La conocí en este mismo sitio, asomada a esa tapia, donde viene, como un pajarillo, a contarme sus penas y a darme los grandes disgustos con esas preocupaciones de su abolengo, de las que ya la tengo algo curada con mis regaños y mi fingido carácter áspero e intratable. Pero no creas; son escrúpulos irreflexívos de un atavismo sin malicia. Ayer, aprovechando una ausencia de su padre, me hizo la primer visita. Pero, vamos; ya ha anochecido y la cena nos espera, vamos; allí seguiremos hablando.

Alfon. Espera... Por lo que dices, veo que en este asunto hay una odiosa intriga que ahora mismo deberíamos castigar ¿no te parece?

Clau. Te digo que hay que tener calma; mucha calma.

Alfon. Comprende padre, que eso no se le puede pedir a un enamorado.

Clau. A un enamorado cualquiera, claro que no, pero á tí que me conoces y no puedes dudar de mi; te lo pido. Sí, hombre, aquí es preciso tener mucho sentido. Verás: Desde que me has disipado el error de esos amores, vengo trazando un plan que te apuntaré, sin perjuicio de que lo maduremos más detenidamente.

Alfon. ¿Un plan?

Clau. Por las circunstancias en que se encuentra hoy la casa de Matilde, entiendo que debemos proceder con cierta discreción, con cierto tino que pueda alejar toda idea aparente de humillación para esos desdichados y mucho más la creencia de una ambiciosa posesión de

pergaminos que para nada necesitamos.

Matilde es un espíritu superior, delicado; su padre, por el contrario, es soberbio, iracundo, razón por la cual la próxima pérdida de Manrubiales, les ocasionará, sin duda, un gravísimo disgusto, cuyas consecuencias no son fáciles de adivinar. En este supuesto, entiendo, que lo primero que debemos hacer, es evitar el golpe, de tal modo, que ni aún se sospeche nuestra buena intención. ¿Cómo? Ya veremos.

Alfon. Pués yo creo, padre, que lo que deberíamos hacer es arrancar á Matilde del lado de su padre por los medios que dá la Ley, sin preocuparnos para nada de lo que pueda ocurrir á ese Marqués de mis pecados. ¿No dices que debo tener confianza en ella? pues lo demás me tiene sin cuidado

Clau. Hablas lo mismo, lo mismo que cuando perseguías el tesoro de tus minas; el filón era tu único ideal, pero es que en este caso hay que tener en cuenta otros ideales más sublimes, que es necesario no perder de vista... porque Matilde adora a su padre de tal modo, que aún descubierta la verdad, no era fácil que le abandonase; tal vez la misma desgracia los uniría más.

¿Quieres llevar al corazón de esa infeliz, la cruel lucha de dos pasiones tan distintas?

Alfon. Tienes razón, estoy obcecado. Seré prudente. Haré lo que quieras.

Clau. Bíen, bien, asi me gusta. Te digo que confies en mi. Siempre hay lugar para recurrír a medios extremos, que espero no han de presentarse. Ya lo verás. Ahora bien; para el plan que me pro-

pongo, conviene que yo siga siendo el tio Claudio y tu el Ingeniero de mis minas de la sierra.

Alfon. No comprendo esa patraña, que me desazona, pero, si tú lo crees oportuno...

Clau. Muy oportuno y muy conveniente Pero no creas, no será por mucho tiempo...

Alfon. Bueno, como tú quieras.

ESCENA V

Dichos y AGUSTÍN, a poco AGUSTIN solo.

Clau. ¿Que hay, Agustín?

Agus. Qué ha de haber, hombre. Que teneis puesta la cena hace un rato.

Clau. Vamos Alfonso, vamos. Tu, Agustin, recoje esos periódicos. (Vasen.)

Agus ¡Bendito sea Dios! ¡Que alegria tan grande la de esta casa! ¿Pero quién había de decir que aquella criatura tan traviesa iba a llegar a ser un sabio? ¡Que cosas pasan en el mundo! ¿Pues y la casualidad de venir a caer juntos la Marquesa y el Minerito después de dos años? Luego dicen que la vida no es una novela! Pues digo, si esta noche le dá a esa muñeca por venir a robar claveles y cae en la emboscada que le ha preparado Claudio.

Ya está Troncho agazapado por ahí vigilando el paso de acequia para contarle la retirada.

Va a ser cosa de morirse de risa si cae en la ratonera. (Vase)

ESCENA VI

MATILDE (Con un brazado de claveles)

Pero qué locura estoy cometiendo. ¡Desde allí he creido ver la figura del tio Claudio que se alejaba de este sitio y sentí un miedo horroroso!
El caso es, que despues de todo lo ocurrido ayer, yo no he debido pisar más esta huerta. ¡Que pena Dios mio! ¡No poder reñir más con mi viejecito!
No, yo no pensaba volver, pero al recordar estos hermosos claveles que me brindaban una venganza justa, caí en la tentación de llevármelos por última vez. Otro dia de rabieta para el viejo cuando vea mañana esas matas tronchadas, pero juro que ha de ser el último.
Mañana, cuando mayor sea el sofoquín del tio Claudio, le mando todos, todos mis tulipanes, que tanto le gustan, con un billetito muy perfumado diciéndole; «Regalo a su Señor suegro y mortal enemigo» y firmo: La ladrona de sus claveles.
Decididamente, de esta hecha le dejo en paz a él y a sus claveles, ahora que está tan orgulloso con el bestia de su hijo. Pero, si no puede ser hijo suyo ese bárbaro; me lo hubiera dicho desde el primer dia. No, no hay duda, esto es otra de las burlas del tio Claudio.
Veo luz en el cortijo, esto me tranquiliza. ¡Oh! El golpe de esta noche ha sido horrible. ¡Pobres claveles! ¡Ea! A escape a casa.

ESCENA VII

CLAUDIO y ALFONSO, a poco MATILDE.

Entran con sigilo ocultándose entre los árboles. El tío Claudio procura calmar las impaciencias de Alfonso que quiere lanzarse al encuentro de su adorada.

Clau. Quieto Quieto he dicho.

Alfon. ¡Padre!

Clau. Volverá, te digo que volverá a este sitio. (En voz baja)
Cayó, cayó el ladrón. (Frotándose las manos)

Alfon. ¿Pero, que es esto, padre?

Clau Ahora lo sabrás todo; no seas impaciente. Ven, ven, escondámonos aquí, detrás de estos árboles. Pronto, pronto que nos va a ver. (Pausa.)

Mat. (Saliendo azorada sin los claveles) ¡Dios mio, que vergüenza, que miedo! ¡Esto es una emboscada, una traición del tio Claudio! ¡Jesús, Jesús mio, ayúdame!

Clau. ¡Pero qué veo Señora Marquesa! ¿V. aquí? ¿Le ocurre a V. algo? Está V. intranquila, pálida ¿Por donde ha entrado V?

Mat. ¿Pero es que no se va V. a cansar nunca de hacerme sufrir, tio Claudio? ¡Esto es una traición, una burla, una broma infernal!

Clau. ¡Hola! ¿Conque va V. a increparme después que la sorprendo robando mis claveles?

Mat. ¡Yo no soy ladrona, tio Claudio!

Clau. ¿Va V. a negarlo?

Mat. Lo niego, lo niego. ¡Sáqueme V. de aquí.

Clau. A ver, a ver esas manos (Se las enseña tímidamente) Ve V. Atreverse a desmentirme. ¡Ah

pérfida! ¡Y la carita que ponia hablándome de mis pobres claveles!

Mat. ¡No soy pérfida, no soy pérfida! Tio Claudio, déjeme ir por Dios que si yo venia en broma por sus claveles ya era la última vez y mañana muy temprano iba a descubrirme yo misma y a regalarle a V. todos, todos mis tulipanes. ¡Ay tio Claudio, déjeme V. ir por Dios!

Clau. ¿Que le deje ir? Pues qué; ¿es que mis claveles se roban tan impunemente?

Mat. Vamos, tio Claudio que yo haré todo lo que V. quiera. Hasta gritaré ¡Viva la libertad!

Clau. Naturalmente, porque le conviene ahora. Pero en fin, ya veo que va V. entrando en razón, y para que vea que tengo mejor corazón que V. voy a dejarle el paso franco, pero con una condición.

Mat. Con la que V. quiera tio Claudio, pero pronto.

Clau. Pues prométame V. casarse con mi hijo.

Mat. Eso nunca.

Alfon. ¡Maltide!

Mat. ¡Alfonso! ¡Alfonso!.... ¿Pero es V.?... ¿Es esto un sueño? ¡Dios de mi corazón!

Alfon. No lo es, no. ¡Ya lo ve V.! Por el contrario, es la hora más feliz de mi vida. ¡Si creo que voy a volverme loco de alegria! ¡Matilde!

Mat. ¿Entonces me ama V?

Alfon ¡Por toda la vida, dueño mio!

Mat. ¿Luego nuestro amor no es ya un imposible?

Alfon. ¡Ni lo fué nunca, amor mio!

Mat. ¡Y yo que le creía perdido para siempre! ¿Ve V. tío Claudio? Mis plegarias. ¡Riase V. ahora de los milagros!

Clau. ¡Ea, ea, yo estorbo, y como veo ya colgando de esos amores el ramito de oli-

vo, perdono en gracia a este acontecimiento el robo de mis flores y aquí, no ha pasado nada!

Pero ya es tarde y como esta Señorita tendrá que volver a su casa por el mismo sitio que hasta aquí la trajo, porque, la verdad, a estas horas no es posible volver por otro, voy a dejar el paso franco y mañana hablarán Vdes. Hablaremos todos.

Mat. Vaya, tio Claudio, no tenga tanta prisa, si acaba de anochecer y parece de día con esta luna tan hermosa. Además, mi padre no regresa de Córdoba hasta las diez y el administrador bajó a la estación a esperarle.

Clau. Miren, miren como se le ha pasado el miedo a la medrosica, a la tímida.

Mat. ¡Ay viejecito mio, no sabe V. lo fuerte, lo valiente que ahora me siento!

Clau. ¡Claro, con un defensor como don Alfonso! De todos modos yo voy a franquear el paso. Vuelvo.

ESCENA VIII

Dichos menos EL TIO CLAUDIO,

Alfon. ¡Oh Maltide! ¡Cuanto suspiré por este momento! ¡Por estar junto a V.! Yo quisiera poder expresar ahora lo que tantas veces decia en mi soledad, durante aquellos dias de combate desesperado, pero, no puedo. Delante de V. parece que hasta la voz me falta, porque en mí todo es pensar, pensar en este amor que yo también creía perdido para siempre.

Mat No comprendo Alfonso, no comprendo.

Alfon. Ni es preciso. Hay que olvidar el pasa-

do Bástenos saber que nos hemos amado siempre, que nos seguimos amando.

Mat. ¿Pero qué pudo motivar su cruel silencio, su olvido acaso?

Alfon. No Matilde. ¡Alma mia! ¡Yo no callé nunca, yo no olvidé jamás!

Mat. Entonces.... ¡Oh, que idea!... ¡Qué infamia! ¡Qué espantosa sombra ha caido sobre mi alma! ¡Parece, que en torno mio, va haciéndose la noche envolviéndome en frias tinieblas que hielan mi corazón y secan los mas grandes sentimientos! ¡Oh,que horrible pena tortura mi corazón! ¡no, no quiero pensarlo! ¡No quiero creerlo! ¡Madre, madre de mi alma, sálvame! ¡Sálvame de esta horrible pesadilla! ¡Jesús, Jesús mio, apiádate de mi! (Este párrafo queda encargado al talento de la actriz)

Alfon. ¡Matilde, amor mio! ¡Tranquilizaos! ¡Esas lágrimas llenan mi alma de una congoja mortal! ¡Estais pálida, cuál la imagen de la muerte!

¿Acaso no es tan inmensa nuestra dicha que no puede sobreponerse a una pena? ¿Quereis amargar con vuestro llanto la hora más felíz de mi vida? ¡Serenaos Matilde, sed fuerte!

¡Que vea yo animados esos divinos ojos con la llama viva del amor que hoy retoña en nuestras almas!

Mat. Sí, sí. Tiene V. razón, Alfonso. Hay que ser fuerte. Yo sé que las grandes alegrias llegan siempre con los grandes dolores. Por eso hay que ser valiente: para luchar con ellos y vencerlos. ¿No es esto?

Alfon. Sí, Matilde, hay que luchar, pero luchar por un ideal, encendido por la fé. Por el

ideal de nuestro amor, por la fé de nuestra felicidad.

Mat. ¡Alfonso, Alfonso! es V. un hombre de corazón y ningún obstáculo se opondrá a ella Se lo juro. Aquí está mi mano en vida y en muerte.

Alfon. ¡Dueño mio! ¡Visión adorada! ¡Esas palabras han llegado al colmo de mi felicidad! ¡Todo cuanto soy,, todo cuanto valgo, se lo debo! Le debo la vida, le debo el honor que vale más que la vida, porque era V. aquél genio misterioso de las minas, que se me aparecía como luz salvadora en mis horas desveladas de terror y desaliento, para decirme: ¡Adelante! y yo seguia adelante, luchando, luchando como un titán que tuviera ante su pecho un mundo para vencerlo y correr en busca de su virgen peregrina.

Mat ¡Qué infinita dulzura acaricia mi corazón! ¡Parece que mi madre desde los cielos bendice nuestros amores,Alfonso! ¡Que venga, que venga ahora el tio Claudio a querer casarme con el bestia de su hijo! (Aquí hay que hacer algo que queda recomendado al actor)

Alfon. (¡Dios de bondad! ¡Esta sí que es buena!) ¿Que dice V. Matilde? ¿De quien habla V.?

Mat. ¿De quien voy hablar? Del hijo del tio Claudio. ¿V. no lo conoce?

Alfon. (¿Pero qué enredo es este)? Como conocerle... si .. le conozco... Por eso me extrañan esas palabras.

Mat. ¡Ah traidor! Esas vacilaciones, esa extrañeza, confirman mis creencias de que aquel hombre no podía ser hijo de mi viejecito. Ríñale V., ríñale V. cuando venga, para que no vuelva a darme bromas tan pesadas.

Alfon. ¡Pero si no comprendo tan descabellada travesura!

Mat. ¿Lo ve V.? Un engaño, una mentira. ¡Pues no quiso hacerme pasar por su hijo a un gañan vestido de caballero!

Alfon Matilde, no continue V. En todo cuanto me está diciendo; veo un gran error que es preciso desvanecer ahora mismo. Vamos por partes.

Ese viejecito a quien V V. suponen un hombre rústico, un serrano, no es sin embargo lo que les ha parecido; es por el contrario, un hombre de gran valimiento, venerado por sus virtudes, respetado por su honradez. Es en suma el hombre que en el mundo financiero ostenta el acreditado nombre de D. Claudio Jiménez Torres.

Mat ¿Ha dicho V. Jiménez?

Alfon. Sí Matilde.

Mat. ¿Entonces...?

Alfon. Ese viejo venerable es mi padre.

Mat ¡Dios misericordioso, qué alegria!

Alfon. Para no se qué planes que desde luego han de ser honrados, me exigió que pasara por un amigo durante algunas horas y yo accedí porque, la verdad, ignoraba el jueguecito ese del nuevo hijo.

Mat. ¡Su padre! ¡Dios de bondad! ¡Que recompensa tan grande a mi dolor! ¡Jesús, mi Jesús me ha oido! Pero... si yo lo presentía, si mi corazón me lo decía a voces y yo tan tonta sin querer oirlo! ¡Perdóneme V. Alfonso, perdóneme V.!

Alfon. De nada, de nada tengo que pendonarla. Las apariencias...su propia humildad...

Mat. ¡Pero si aquí no ha habido nada de eso! Él mismo, él mismo fué el que me dijo que le llamara de ese modo y el que se ha negado a decirme sus apellidos. (A Claudio) ¡Ah! ya ajustaremos las cuen-

tas más despacio! Conque hasta me dijo que habia sido albañil.

Alfon. Y lo ha sido en efecto Ese es precisamente el título más hermoso de mi padre, el que más le enaltece, el que más le honra, del que estoy más orgulloso. Si yo triunfé en las minas, fué porque recordaba el ejemplo de su perseverancia y de su fé.
¿Hay algo más grande que dignificarse por el trabajo, Matilde? ¿Hay nada más noble que elevarse a la cúspide desde la tierra baja, luchando y venciendo siempre con las armas de la inteligencia, con la poderosa voluntad que nos infunde la fé?

Mat. Teneis razón, Alfonso. Si yo, a pesar de las rabietas que me hacia pasar, juzgaba allá en el fuero íntimo de mi conciencia todas las bondades de su corazón. Si yo he leido en sus ojos todo el cariño que sentia por esta desgraciada. ¡Si hemos llorado juntos!

Alfon. Basta Matilde. Cortemos esta escena, mi padre se acerca.

Mat. Si, pues ahora verá V.

Alfon. No, Matilde, que no vea que le he descubierto. Sigamos el juego. Seriedad, mucha seriedad.

ESCENA IX

Dichos y CLAUDIO

Clau. Debilidad, debilidad; debes tener nombre de Claudio.
Oiga V. don Alfonso, ¿no le parece que yo debo descender de aquel tocayo mio Emperador de Roma que, aun siendo como era un bruto ceñudo e intrata-

ble, dejábase dominar fácilmente de sus soberbias esposas?

Lo digo, porque a veces me siento como aquel, poseido de cierta flojera de ánimo, que contrasta con las energías de mi caracter.

Pues, si, si. Tengo que rebuscar entre mis papeles viejos algo de la historia de mis antepasados por si acaso removiendo, removiendo, encontrase en la rama de los Claudios, nombre legendario en mi familia, algo que pudiera elevarme a la categoría de noble. Figúreme descendiente nada menos que de un Emperador Romano ¡Cualquiera me tosia! ¿eh? Pero en fin; ya hablaremos de esto. Ahora a despedirse hasta mañana; ya está el paso franco. Es ya tarde. V. señor don Alfonso ya sabe donde vive su adorado tormento y V. señora Marquesa, ya sabe donde está su minerito. (durante habla C., procuran contener la risa)

Alfon.
Clau. } (Rompen a reir desesperadamente)

Clau. ¡Ah, traidor, me has vendido!

Mat. Pero venga V. acá, venga V. acá (de una oreja) Señor mio. Vamos a ajustar cuentas.

Alfon. La verdad, padre, es que se ha portado V muy mal con ella.

Clau. Se lo ha merecido, se lo ha merecido. ¿Tú que sabes quien es esta Marquesa?

Mat. ¡Vamos! Ya sabe V. que no quiero que me llame de ese modo ¡y ahora ..menos!

Alfon. Llámela V. hija, padre.

Clau. ¡Jesus! ¡La hija del tio Claudio!

Mat. Si, si, por siempre, para siempre ¡Oh Dios mio!

Clau. ¡Vaya una transformación rápida!

Mat. Qué quiere V., el amor hace milagros.

Clau. De modo que ya...

Mat. Quiere V. callarse viejecito mio. Pídame cuanto guste ¿Que? desea que grite, ¡viva la libertad!; pues lo mismo que si quiere que diga ¡Viva la república! ¿Conformes?

Clau. Conformes, hija mia.

Alfon. Así, padre.

Mat. Así, así, ese nombre me ennoblece, me dignifica, lo necesito.

Clau. Ea, ea, fuera de tristezas, no volvamos a las andadas. Pero veo que esto se va haciendo interminable (abrazándola) Tú, hija mia, vuelve enseguida a tu casa, pueden echarte de menos. ¡Ah! Cuidado con decir a tu padre que Alfonso es hijo mio. Que siga creyendo que soy el tio Claudio. Es un pequeño favor que te pido, quiero ser yo el que me descubra. ¿Lo entiendes? pues anda, anda hija mia.

Tu Alfonso, a continuar nuestra cena tan feliz, tan satisfecho de tu nuevo triunfo.

Todos, todos contentos, y yo más que vosotros por que he contribuido a vuestra dicha; porque, convertido en dictador, he derrumbado de esta linda cabecita, fantásticos torreones y castillos forjados al calor de antiguas preocupaciones y porque veo en vosotros, hijos mios, florecer esa hermosa primavera de la vida, divinizada por las doradas flechas de aquel geniecillo amamantado por las fieras en los bosques de Chipre. El amor.

TELÓN

Acto Tercero

Despacho del Marqués de Quinta Rosa en Manrubiales. Puerta al foro y laterales. Muebles y cuadros antiguos.

ESCENA PRIMERA

MATILDE y un criado, a poco el MARQUÉS

Mat. ¿Ha despertado el Sr. Marqués?

Cria. Si, señorita.

Mat. Pues haga el favor de decirle que le estoy esperando.

Cria. Al momento, señorita. (Vase)

Mat. ¡Qué noche! No he podido cerrar los ojos pensando, presa de febril inquietud en esta entrevista con mi padre. ¿Qué ocurrirá? ¿Cual será el resultado? No, no es facil preveerlo. Lo veo ahora intranquilo como nunca, reservado. Apenas si me habla, y cuando lo hace, advierto en sus ojos, en su ceño, el reflejo de una honda pena que no sé a qué atribuír.

Anoche, cuando llegó de Córdoba, se encerró con el Administrador en sus habitaciones y no quiso cenar pretextando que se sentía muy cansado.

¡Qué contraste! Ahora que estoy yo tan

contenta, veo a mi padre triste. ¿Qué cara pondrá cuando le hable de mis amores con Alfonso? No sé, siento un temor, una preocupación... ¡Jesús mio! ¿Por qué, siendo tan feliz, me atormentan estos malos pensamientos? ¡Qué cruel es la duda! Parece que nos pone en el alma cristales de aumento para agrandar las penas.

Marq. (Sale el Marqués) Buenos dias, hija.

Mat. Dios nos los dé buenos, papá.

Marq. ¿Qué deseas? ¿Para qué me quieres?

Mat. Sientate papá, tenemos que hablar muchísimas cosas.

Marq. (Contrariado) Asunto gravísimo ha de ser, cuando tan temprano me buscas. Pero en fin... habla... Me tienes impaciente... preocupado...

Mat. ¡Ay! ¡Papá! como ha cambiado tu caracter desde que estamos en Manrubiales. En Madrid eras otro hombre. Es natural, esta vida de soledad debe aburrirte, desesperarte, me lo figuro.

Marq. No lo creas hija. Cuando se ha vivido lo que yo he vivido, la calma, el reposo, son buenos compañeros, otras preocupaciones, otras tristezas embargan mi ánimo...

Mat. No, no me digas nada. Quiero saber tus penas si las tienes, pero antes quiero que sepas mis alegrías.

Marq. ¿Alegrías?

Mat. ¡Vaya!

Marq. Haces bien, tratándose de un padre que tanto te quiere.

Mat. Pues verás... verás... ¿sabes papaito que es más dificil de lo que yo creia entrar de lleno en el asunto?

Marq. ¿Tan grave es?

Mat. Tan grave, tan grave... ¡Como que tengo novio y me quiero casar! ¡Ay, ay!

pues mira que pronto salí del paso. ¡Digo, tan dificil como me parecía!

Marq. (Más contrariado) Bien... esa aspiración me parece natural en una joven, pero entiendo que algo debemos a nuestros padres antes de decidirnos a dar un paso tan arriesgado. Nuestra condición, hija, nos impone ciertos deberes que el olvidarlos seria temerario.

Mat. Calle, pues es verdad que los olvidé; dispensame, papaito mio. La verdad es que si te dejo elejir a ti, me quedo para vestir imágenes.

Marq. Es verdad, es verdad que nunca te he hablado de casamiento... lo creia prematuro... pero en fin, vamos a lo que importa. Estoy deseoso de conocer ese fenix que ha logrado interesar el corazón de la Marquesita de Quinta Rosa. ¿Cual es su nombre?

Mat. Pues... Alfonso Jimenez.

Marq. ¿Alfonso Jimenez? Pero Matilde, ¿de quien me hablas?

Mat. De ese, de don Alfonso Jimenez ¿no te suena el nombre en el oido?

Marq. No, no lo recuerdo... ¡Matilde! ¿que es esto? Será posible que hayas olvidado lo que debemos a nuestra sangre y a nuestra raza? Lo que te debes a ti misma.

Mat. La verdad papaito que no lo olvidé, no, al contrario, lo tuve muy presente al principio, pero después, un angel bueno alejó de mi toda la ridícula preocupación de mi abolengo haciéndome ver, que la honradez, el talento, la nobleza de alma, es lo que ilustra un nombre por vulgar que sea.

Marq. No, no pienso como tu, Matilde, ni creo tampoco que tu pienses de verdad lo que has dicho.

Es cierto que los hombres son hijos de sus obras, pero hay algo que está siempre por encima de todo, está Dios, que concede en su alta sabiduría misteriosos privilegios a los hombres, en lo que tiene su orijen el equilibrio humano.

Pero a todo esto, considera que me tienes desorientado por completo sin saber cómo ni de qué manera han podido concertarse esos amores que tan súbitamente han hecho presa en tu corazón.

Mat. Estos amores, papaito mio, prendieron en mi carazón hace tiempo.

Marq. ¿Y cómo han podido ser un secreto para tu padre?

Mat. ¿Secreto? Bien, no se trata ahora de eso Lo que te pido por la memoria de mi santa madre, es que no opongas a mi felicidad esa filosofia del privilejio ni del equilibrio humano, porque de todas maneras...

Marq. Acaba.

Mat. Lo he jurado.

Marq. Horrorizarme debieran tus palabras Matilde, sinó comprendiera que estás ofuscada. Porque, entiéndelo bien, ninguno de los que llevaron tu ilustre apellido, se atrevió jámás a pronunciar semejante irreverencia.

Mat. No te incomodes, ¿hubieras preferido que te engañase?

Marq. Ciertamente que no, pero entiendo que un padre es siempre merecedor a mayores respetos y el único a quien debemos pedir consejo para no equivocar el camino de la felicidad. El amor, hija mia, es el ideal mas peligroso de la juventud, y aunque lo creamos sentimiento divino inspirado por Dios, suele a veces, ser el pretexto para un audaz ambicioso

o para un torpe mentecato.

Mat. No razones así papá, porque seguramente has de variar de opinión.

Marq. No lo dudo, pero como de todos modos es preciso que me escuches algunos momentos, antes de que puedas tomar una resolución definitiva, yo te pido que me prestes un poco de atención, rogándote que tengas la suficiente serenidad para que puedas apreciar las cosas que en la vida ocurren y me perdones si cometí un error, o me compadezcas si fuí un desgraciado.

Mat. ¡Me pones en cuidado, papá! Habla.

Marq. A eso voy. Muy niña eras aun a la muerte de tu santa madre, pero no lo eras tanto, que no pudieras darte razón de la gran desgracia que cayó sobre nosotros.

Tus caricias, tus halagos, todas tus palabras de consuelo, lejos de considerarlas como un alivio a mis penas, fueron para mi cruel suplicio que me atormentaba en aquella agonía de muerte.

Durante mis horas de angustia, a cada uno de mis recuerdos, a cada una de mis reflexiones, alzábase tu linda figura, viva imagen de la muerta, para aumentar la tortura de mi alma, hasta que al fin, desoyendo tus ruegos, adopté la resolución de separarme de tu lado.¡Oh, qué bien pago aquel primero y más grande error de mi vida!

Durante los siete años que permanecistes en el colegio, recorrí el mundo entero, creyendo encontrar en la vida agitada de placeres y aventuras, algo que apartase de mí aquella idea que se revolvia en mi cabeza como extraña visión de la felicidad perdida. Todo fué inútil por desgracia.

Hice mal, hice mal en venir en tu busca, porque entonces pude darme cuenta de que en aquellas correrías habia desaparecido gran parte de nuestra fortuna. Queriendo reconstituirla, por causas diferentes que no son del caso, la principal de todas, mis deseos de conservar íntegra nuestra hacienda para tu mayor explendor, realicé algunas operaciones bursátiles con tan mal tino, que mi soñado desquite convirtióse en catástrofe. Insistí en nuevas operaciones, y con la misma o mayor desgracia me combatió la fortuna.

Mi terror al pensar que supieses nuestra pobreza, me hizo continuar el mismo camino con verdadera ceguedad, con verdadera locura. Ya en la pendiente, caí, rodé hasta el fondo.

Perdóname, Matilde, perdóname.

Mat. Desde que comenzaste, padre, estoy luchado con las lágrimas que abrasan mis ojos presintiendo una nueva desventura, pero no puedo, no quiero verte descender hasta la humillación. ¿Te has arruinado? ¡Qué importa sino te deshonrastes! ¿No tenemos todavia mi hacienda, la que de mi madre heredé? Yo te la cedo, dispon de ella, si es que con ella puedes ser aun digno y honrado. (Anonadado inclina la cabeza)

¿Pero qué? ¿Por qué bajas la cabeza delante de tu hija? ¡No, padre, no hagas eso! ¿No comprendes que viendote de ese modo, me haces más daño que todas las ruinas y todos los dolores?

Marq. Esta humillación te hará comprender mi desgracia, nuestra desgracia.

Mat. ¡Padre!

Marq. Perdón Matilde, perdón.

Mat. ¿Entonces, todo, todo en absoluto se ha perdido?

Marq Hija, sí. Hasta este nuestro último refugio dejará de ser nuestro muy pronto.

Mat. ¡Ah! ¿Pero como puede venir la desgracia tan pronto, tan callada, arrastrándose, para caer de golpe y aplastarnos con su peso? ¡Dios mio! ¡Jesus mio! ¿Qué malo hizo esta tu pobre esclava para que así vea su alma envuelta en esta eterna sombra? ¡Madre, madre mia, ruega a Dios por tu hija!

Marq. No te acongojes de ese modo Matilde, yo trabajaré, recobraré mis fuerzas, conquistaré lo perdido.

Mat. ¡Cuanta demencia, padre! ¿Pero es que la pérdida de nuestra fortuna te ha hecho perder hasta el sentido de las cosas? ¿Tan desgraciado eres que no ves nada más allá del brillo de ese oro que tan torpemente derretistes? ¿Que no penetras en mi alma para ver espantado el golpe que he recibido? ¿Por qué no hablaste a tiempo? Conservaríamos la dignidad siquiera. ¡Oh, Alfonso, Alfonso, todo acabó! ¡Ay madre del alma, tú solamente me comprenderías!

Marq. Matilde, hija mia, si con mi vida puedo consolarte, pídeme la vida y no te atormentes asi, que es el mayor castigo que puedes darme. Perdóname, hija, es tu padre quien te lo pide.

Mat. ¡No, te repito que no hables de ese modo! ¿No ves que vas a volverme loca? ¿Pedir perdón a tu hija? ¿No ves que aumentas mis sufrimientos?... (transición) Ea, ya está hecho. Pasan las cosas... porque tienen que pasar, porque Dios las dispone...

ESCENA II

Dichos y un criado. Después
CLAUDIO y ALFONSO

Cria. Señor, el viejo de la huerta de al lado y un caballero desean hablar con Vuesencia.

Mat. ¡Dios de bondad! él, que no me vea. Me faltan las fuerzas, me sobra la razón. (vase)

Marq. Bien, que pasen. ¿Qué me querrán? Era preciso la explicación, me acosaba la conciencia. Viví siempre en el error y los errores se pagan siempre con más o menos usura, pero se pagan al fin. (transición) Adelante Señores.

Clau. Si el señor Marqués nos permite dirigirle la palabra unos cuantos minutos...

Marq. Unos cuantos y los que tenga por conveniente tio Claudio Le advierto que está en mi casa, lo que significa que su persona es sagrada para mi, conque déjese de ironías, tomen asiento y díganme en qué puedo serles útil.

Clau. Vaya, pués no me resulta ahora el Señor Marqués tan orgulloso como creia.

Marq. Tio Claudio le acojí en mi casa con la cortesía que corresponde, pero si viene en son de guerra, es lo mismo, tampoco le rechazo.

Clau. Perfectamente. ¡Ah! Se me olvidaba. El Señor Ingeniero director de mi coto minero de Tomillares

Marq. Tengo una verdadera satisfacción.. Pués lo dicho señores, ¿en qué puedo serles útil?

Clau. La verdad, como podernos ser útil, sí que puede sernos el Sr. Marqués y es-

pero que no habrá de salirse de punto. Tampoco voy a pedir gollerias. Todos en la vida estamos para servirnos, y Dios, El gran padrazo, para servir a todos.

Marq. ¿Y de qué se trata? Veamos.

Clau. El Señor Ingeniero tiene la palabra.

Alfon. Trátase de un asunto bien sencillo. Pretendemos únicamente adquirir los terrenos llamados los Tomillares que, como V. sabe, ocupan una gran parte de esta finca.

No sé si sabrá V. que en ese paraje tenemos varios registros que constituyen un importante grupo minero, el cual nos proponemos explotar en gran escala sin que se nos opongan los obstáculos naturales de la propiedad de la superficie, ya que el subsuelo nos pertenece de hecho.

Apelar a un expediente de expropiación forzosa, aparte otras razones de gran importancia, nos ocasionaría con sus trámites y resoluciones, la pérdida de un tiempo precioso que necesitamos para estudiar sobre el terreno los trabajos preliminares a un proyecto de esta naturaleza.

De modo que teniendo en cuenta estas razones, hemos preferido adquirir directamente el terreno si para ello no se oponen grandes dificultades.

Marq. Señores, el asunto que me proponen es demasiado complejo para aceptarlo así, de plano, como al parecer desean V. V. Yo también necesito estudiarlo detenidamente; tener los planos a la vista para apreciar el perímetro que abarca la zona que desean adquirir; ver las condiciones en que queda la finca después de la expropiación y en fin, conocer to-

dos esos detalles necesarios para calcular el valor de una cosa, que como ésta, no depende del precio a que pueda cotizarse en el mercado.

Clau. Dice V. bien, hemos hecho mal en no traer los planos, olvido que, suplirá la amabilidad del Señor Ingeniero con ir en su busca, ya que él fué el último que anoche los tuvo en las manos.

Alfon. Con mucho gusto, voy ahora mismo.

Clau. Gracias, creo que los dejó sobre la mesa de mi despacho.

Alfon. Sí, ya recuerdo. Vuelvo, Adios.

Marq. ¿De modo que esas demarcaciones de Los Tomillares de las que he oido hablar muy favorablemente, pertenecen a V., tio Claudio?

Alfon. Son mias exclusivamente, Señor Marqués.

Marq. Y es claro que proponiéndose acometer una explotación de esa importancia, contará con capital suficiente para arriesgar lo necesario en un asunto tan inseguro como este de las minas.

Clau. Hombre, no soy nigún millonario, pero tenemos tan fundadas esperanzas en el asunto, que esperamos pronto recompensar el sacrificio que nos vamos a imponer. Ya ve V :por lo pronto, la adquisición de esos terrenos y después, qué se yo, una temeridad... Pero... ¡Qué jinojo! Veo que hemos estado dando palos de ciego, con cábalas y palabras inútiles cuando con adquirir la totalidad de la finca estábamos al cabo del asunto. ¿No es eso?

Marq. ¡Ah! ¡Ah! Desde luego; eso seria lo mejor. Pero... ¿V. sabe tio Claudio el valor de Manrubiales?

Clau. Hombre yo lo supongo de unas 350.000 pesetas ¿no?

Marq. Eso es, 70.000 duros.

Clau. Pues trato hecho en 80.000 y negocio concluido.

Marq. ¿Se burla V. tio Claudio?

Clau. No me burlo y a decir verdad, creí que fuesen mayores sus pretensiones ¿Con que trato cerrado, he?

Marq. Tio Claudio dispénseme que me extrañe tanto desprendimiento, y así le ruego que aplacemos este asunto hasta que vuelva el Señor Ingeniero, pues no quiero que V. aventure ofertas de las que pudiera arrepentirse.

Clau. Hombre, eso es llamarme tonto, o creerme falto de personalidad para disponer de lo que es mio.

Marq. No es eso tio Claudio, V. no puede comprender mis incertidumbres... la trascendencia que en estos momentos puede tener para mí un desengaño... Yo no dudo de su seriedad, lo que temo es la perspectiva de un fracaso presentándole como víctima de una irreflexión. ¿Qué perdemos con esperar al Señor Ingeniero?

Clau. Señor Marqués, comprendo sus dudas, sus vacilaciones, la sospecha tal vez de que esto sea una ilusión momentánea y puesto que sus palabras me obligan a más amplias explicaciones, voy a demostrarle todo el interés que llevo en este asunto.

V. supondrá que yo no ignoro la próxima subasta judicial de Manrubiales y en esta creencia es claro que se habrá preguntado ¿Como si el tio Claudio necesita esos terrenos, no espera unos cuantos dias para adquirirlos por la cantidad relativamente pequeña en que se subastan? A esta pregunta lógica que cualquiera en su caso se hubiera

hecho, voy a contestar en dos palabras que desvanecerán sus dudas y sus temores.

El negocio minero es por desgracia en España un asunto tan raro y escepcional en todos sus detalles, que lo que en cualquier otro tráfico o comercio de los hombres, se consideraría odioso o repugnante, en este de las minas, aparece natural y hasta si se quiere plausible y meritorio para el que comete el engaño o la traición; de tal modo, que los más osados, adquieren fama de hábiles y astutos entre los profesionales del negocio.

Muchos de estos vivos, que yo conozco, tienen especial interes en apropiarse de Manrubiales, no por lo que la finca representa, sinó con el santo propósito de obligarme a una indemnización escandalosa el dia en que yo necesite esos terrenos para la explotación de las minas.

Sé que por el derecho especial que la Ley me concede, como propietario colindante, puedo en todo caso obtener la propiedad, pero prefiero darme el gustazo de burlar a esos hábiles amigos, adquiriendo Manrubiales antes de la subasta y por un precio que me pone a cubierto de toda competencia.

Con esto comprenderá el Señor Marqués, que este asunto es para mí un verdadero éxito, que aparte lo dicho, tendrá la ventaja de elevar al Limonar a la categoria de una finca de primer orden.

Marq. Tio Claudio, yo he tenido a V. siempre por un hombre vulgar en quien jamás pude suponer ese conocimiento de la vida que acaba V. de demostrar. V.

mismo, sin duda por genialidades de su caracter, se ha hecho pasar ante nosotros por un hombre rústico e insociable. Perdóneme V. por tanto, que haya dudado de sus palabras, que en un principio llegué a suponer hasta una pesada broma. Puede V. disponer de Manrubiales cuando le plazca.

Clau. Entonces, sí el Señor Marqués quiere complacerme, mañana mismo bajaremos a Córdoba para ultimar el asunto, y en cuanto a la posesión de esta casa, como por ahora no entra en mis cálculos ocuparla, pueden V. V. seguir viviéndola hasta encontrar su mejor acomodo.

Marq. Señor mio, dispense que no le dé otro trato hasta saber con quién hablo. Tanta generosidad, que en este caso considero como auxilio divino, me pone en el caso de abrirle mi corazón como a un verdadero amigo. Hace unas cuantas horas, hubiera creido humillación lo que ahora es un deseo de mi alma. ¡Qué vida! Un hombre que ha derretido tantos millones en una juventud de libertino sin conciencia, despierta feliz y sediento de rehabilitación ante un insignificante favor de la fortuna. Yo no sé si su empresa será buena o mala, si producirá mucho o poco, yo solo puedo decirle, que su generoso proceder nos salva de la más espantosa ruina, del deshonor acaso y que merced a su noble corazón, no se verá mi inocente hija en el duro trance de tener que abandonar esta casa humillada por un vergonzoso lanzamiento.

Clau. ¿Pero ella sabe...?

Marq. Todo, amigo mío.

Clau. ¿Y habeis tenido la crueldad...?

Marq. Ha sido preciso. De todos modos había de saberlo. ¡Pobre Matilde! Allá dentro destroza con el llanto su corazón al par que su vida.

Clau. ¡Vive Dios, que anduve torpe! Ea, basta señor Marqués, necesito ver ahora mismo a Matilde. V. puede entre tanto ir en busca de los documentos que hemos de llevar a Córdoba mañana.

Marq. Sí, mi buen amigo, me retiro. Ella está ahí, llámela y dígale que si nos hemos arruinado, hemos salvado nuestra honra; que el nombre de su padre quedará limpio y que la amo, la amo más que nunca, porque veo perdido su cariño que yo sabré conquistar con mis acciones. Háblele al alma antes que puedan aferrarse a su corazón los tormentos de la desesperación, y me maldiga.

Clau. Corre de mi cuenta. ¡Matilde! ¡Matilde! (Llamando)

ESCENA III

CLAUDIO y MATILDE

Clau. Que cesen las lágrimas de tus ojos, que renazca la tranquilidad en tu espíritu, es lo que te pido antes de que me oigas. Ya sabes que tu viejecito y tu Alfonso te han aconsejado siempre que hay que ser fuerte, que hay que ser valiente para luchar con los grandes dolores y vencerlos.

Mat. ¡Mi Alfonso! ¡Mi viejecito! ¡Todo, todo acabó para mí!

Clau. ¿Qué dices, muchacha? ¿Has perdido el juicio?

Mat. No se canse V. Por lo mismo que me he propuesto ser fuerte, comprendo todo

el alcance de nuestro infortunio y de nuestra desgracia. Ya sé que V.V. con la nobleza de su corazón, pretenderán curar mi pena; ya sé que su hijo no ha de faltar a su juramento, pero ¿dígame V. con la mano puesta sobre su corazón? ¿No podrá pensar Alfonso, no podrá pensar V. mismo alguna vez, que todos mis delirios amorosos, todas aquellas angustiosas inquietudes, no eran más que ficciones porque estábamos arruinados y queríamos salvarnos de la ruina con mi casamiento? ¡Ah! Qué vil, qué negro lo veo todo! Tan vil y tan negro, que aun queriendo triunfar de mí misma, sacudiendo la carga abrumadora de estos pensamientos, noto que el cansancio de tanto padecer, me impulsa a buscar la paz en la soledad eterna. ¡Oh, Alfonso, Alfonso! Nunca. ¡Todo acabó entre los dos!

Clau. Matilde; el oirte hablar de ese modo me pasma, me aturde y hasta me pone en el caso de pensar si un accidente de la vida, lógico como todo lo que en la vida ocurre, te haya impresionado tan excesivamente, que haya perturbado tu imaginación de modo tan alarmante.

Si como dices, tuvieras el espíritu sereno, sinó torturaran tu alma esos malos pensamientos que no son más que reproches y agravios para un padre profundamente desgraciado y una ingratitud para las personas que tanto te aman y de las cuales pretendes huir cobardemente, si nó anidasen en tu corazón reminiscencias de aquel orgullo de raza, que ahora veo perdurar en todo tu ser; por bien seguro tengo que no te atormentaría tanto esa congoja de Majestad caida.

Mat. No, no me comprende V. Es la duda, la terrible duda...

Clau. Si dudas es porque no tuviste fé, porque no viste la realidad, porque no amastes nunca.

Mat. ¿Que yo no amo a V? ¿Que yo no amo a Alfonso? ¡Si por amarle tanto es por lo que me impongo el tremendo sacrificio!

Clau. Hija mia, veo que tus delirios no son más que el resultado de una extraña exaltación. Si en algo estimas a tu viejecito, si no se ha extinguido en tu corazón el sentimiento divino del amor, si reconoces como deuda filial, el cariño que debes a tu desgraciado padre, yo te ruego que no te atormentes, que renazca la calma en tu corazón, que vuelvas en tí y reconozcas tus errores.

Mat. Mi resolución está tomada. Lo he pensado bién. Lo he reflexionado todo.

Clau. ¡Tal vez no! Yo acepto el mortal agravio que infieres a este pobre viejo que cifraba en tí la ventura de los últimos dias de su existencia...

Mat. Pediré á Dios por su vida.

Clau. Paso porque destroces el corazón de mi hijo que te adora con locura...

Mat. Rezaré por su felicidad.

Clau. Pero que intentes abandonar a tu desgraciado padre en los momentos en que sólo el cariño de una hija puede salvar su alma, no, no lo comprendo, a no ser que se te haya podrido el corazón por un odio criminal.

Mat. No. no, le compadezco, pero no le odio.

Clau. Pues hay que amarle, amarle más que a nadie en el mundo. Y si es verdad que tu alma se ha templado en el dolor, yo espero que me escuches con calma,

que me concedas un sitio dentro de tu corazón para que no juzgues, hasta el final, lo que te tengo que decir. Cuando los males llegan a su extremo, solo con remedios extremos se curan. Escucha: Yo soy el único causante de vuestra ruina.

(Al talento del actor queda el decir esta gran mentira, de modo, que el público la crea, como tal mentira, y Matilde no se aperciba).

Mat. ¡Usted! ¡Imposible!

Clau. Tan cierto como está Dios en los cielos. Pero que no haga el menor movimiento tu corazón hasta que me oigas.

Mat. Explíquese V. por la Virgen Santísima.

Clau A eso voy. (Pausa) He aquí la historia: Cuando yo adquirí mi finca del Limonar, fueron mis mayores deseos, el poseer también Manrubiales, con la pretensión de hacer ambas posesiones una propiedad de gran importancia Encargué a mis agentes de Madrid las negociaciones para su compra, pero si bien fueron rechazadas en cuanto al traspaso definitivo de la propiedad, propusiéronme en cambio la hipoteca que desde luego acepté. A esta operación siguieron otras de igual índole respecto de las demas fincas de la casa Quinta Rosa y bien pronto un segundo gravamen pesaba sobre cada una de ellas, no haciéndose esperar mucho tiempo la posesión de todas, escepto la de Manrubiales que quedó libre, sin duda porque el Marqués pensara reservarla como último refugio.

Esto, que dicho así, reviste todas las apariencias de legalidad, fué moralmente un despojo inicuo, porque las segundas hipotecas y sobre todo la posesión definitiva de las haciendas y demás

propiedades de la casa Quinta Rosa, fué una estafa escandalosa que llevo sobre mi conciencia como pesado lastre, desde el momento en que pude darme cuenta de que casi toda vuestra fortuna habia llegado a mis manos por menos de la mitad de su verdadero valor.

Quise entonces saber en qué habia podido invertir el Marqués aquellas cuantiosas sumas y supe para mi mayor remordimiento, que habian desaparecido en negocios ruinosos con apariencias de esplendorosa bondad en los que el más desgraciado de los padres, cegado por criminal engaño y ansioso de recuperar las pérdidas sufridas, habia agotado toda su fortuna.

Casi en la total ruina, llegasteis a Manrubiales y tu presencia en la tapia fué el castigo más cruel a que Dios pudo condenarme. Tu linda figura aparecia ante mis ojos como visión fantástica de la víctima ante la conciencia del criminal y de ahí, aquellas continuas rabietas que no eran mas que destellos del infierno de mi alma, con las cuales pretendia combatir a mi acusador. Intenté mil veces restituir lo que tan injustamente habia adquirido, pero no hallaba medio decoroso para realizarlo. Aguardaba la llegada de mi hijo para confesarle los remordimientos que estrujaban mi corazón y que él purificase mi dinero llevando la tranquilidad a mi conciencia y la serenidad a mi hogar.

Con esto, comprenderás la infinita alegria que experimenté cuando descubrí vuestros amores, hasta entonces desgraciados, pues ellos eran manantial de paz para mi alma que volveria por

mi honor sin el pregón del remordimiento.

Creo que esto bastará para que recobres el juicio perdido, desterrando de tu corazón el rencor que en mal hora sentistes por tu padre, que por muchas que sean sus culpas, harto castigo ha sufrido. Y en cuanto a mí, si es que me quieres cuanto ayer me decías, reserva en el fondo de tu corazón la franca confesión de mi culpa, que a pesar de todo, debemos bendecir, ya que redimido quedó con vuestra unión que parece decretada por Dios para tranquilizar mi conciencia.

Olvidemos pués lo pasado, desecha tu tristeza y vuelve a la realidad de la hermosa primavera de tu vida que te espera con todos sus dulcísimos encantos.

Mat. Como si mi madre me hablase desde la otra vida, he oido esa historia que más parece un engaño para infundirme valor. V. mismo me ha dicho siempre que es bueno destruir la verdad para realizar un bien, pero aún comprendiéndolo así, ¡suenan tan bién sus palabras en mis oidos! ¡V. el causante de nuestra ruina! ¡No, no lo comprendo!

Clau. Porque estás ofuscada hija mia. Tu olvidas que cuando esas operaciones se realizaban, ni siquiera sabia yo que pudieras existir en el mundo. Por eso te digo que todo cuanto sucede, más parece obra de Dios, que de los hombres.

Mat. Pero yo a V. no puedo culparle.

Clau. Entonces me defenderás, y como para ello sólo basta tu silencio y el olvido del pasado, dejemos paso franco a la fatalidad que huya lejos de nuestros hogares y vuelva tu vacilante espíritu a

sus sueños de amor y de ventura. Tu, más que otra criatura humana, tiene derecho a la felicidad y esta sólo existe en el amor de la familia y en la paz de la conciencia.

Mat. ¡Derecho a la felicidad! Puede que tenga V razón, porque yo no hè sentido nunca esa gracia que Dios concede a todas las criaturas del mundo: los mimos y caricias de una madre De niña, en el colegio, sentía un vacío en el corazón, como si no tuviese en él nada de Dios y lloraba y rezaba sin encontrar jamás consuelo a mis penas. ¿Será que tengo mal corazón? me preguntaba yo misma sin poder darme cuenta de aquellas angustias de alma en pena. Pero conocí a Alfonso y entonces sentí algo divino que bajaba del cielo inundando mi corazón de purísimos afectos; mis rezos fueron yá suaves como una melodía del alma y mis lágrimas tuvieron sabor de dulzura. ¡Qué cosa! Mi pena, sin dejar de ser pena, trasformóse en un sentimiento de mortal inquietud, como si tuviese a mi madre apretada contra mi corazón y temiera que se me escapase.

Clau. Amor se llama ese sentimiento hija mia, pero ¿qué vale el amor sin la felicidad, sin la correspondencia de un alma grande? Tu por este lado, nada tienes que temer. Ya sabes que eres la ilusión constante, el único pensamiento de mi Alfonso. ¿Qué más puede desear tu alma enamorada, si para ser feliz no tienes que mirar al cielo.

Mat. ¡Padre! Si pudiera V. leer en mi corazón, sólo encontraría cariño y agradecimiento.

Clau. Hija, no te atormentes más, desecha

tu inquietud y puesto que ya te veo convencida de que lo ocurrido no es más que un accidente pasajero de la vida, ven, ven conmigo al huerto que refrescará tu espíritu con el perfume de sus flores y así como los antiguos griegos ofrecían a sus dioses predilectos la víctima inmolada, sacrifiquemos nosotros todos tus inocentes tulipanes para ofrendarlos a tu padre y a tu novio en desagravio de todos tus atolondramientos.

Mat. Sí padre, con V. siempre, con V. (Vanse)

ESCENA IV

EL MARQUÉS

Allà va ese buen hombre. ¡Pobre Matilde! Qué ajena estabas a tanta desgracia. Cerré a Dios y al mundo los ojos, y oculté en las sombras del alma mi pecado como si allí hubiera de quedar acurrucado para siempre. ¡Fatal engaño! Ha bastado sólo un movimiento del corazón, para arrojarme al rostro todas las iniquidades ocultas tanto tiempo.

Y ahora, cuando despierta en mi alma, quizá por vez primera, este cariño que abrasa mi corazón, te he de condenar a una vida que no podrás soportar

Sí, lo reconozco, soy el más culpable, pero también el más desgraciado de los hombres.

Ese pobre viejo con sus bondades, acaba de evitarnos la inmédiata deshonra, pero no este hondo sentimiento que me atormenta.

Lo he pensado bién. Huiremos, huiremos de esta casa, que sería como pri-

sión horrible para mi hija porque yá ni aún las flores le pertenecen.

ESCENA V

Dicho y ALFONSO

Alfon. Ea, ya estan aquí los planos. ¿Si quiere que le explique?..

Marq. Un momento Señor Ingeniero, esos planos son ya inútiles porque don Claudio ha preferido adquirir por entero la finca.

Alfon. Tanto mejor, he ahí una solución rápida y sobre todo acertada.

Marq. Señor mio. Yo soy un hombre leal a quien los azares de la vida pueden haber perturbado su hogar y su hacienda, pero no la dignidad que ahora más que nunca ansío conservar incólume.

Alfon. No comprendo...

Marq. Me explicaré. Cuando os marchasteis en busca de esos planos, me propuso don Claudio la adquisición de todo Manrubiales. Calculó su valor aproximado en unas trescientas cincuenta mil pesetas y llegó a ofrecerme cuatrocientas mil, en la convicción de que realizaba un buen negocio. Sorprendido por aquella generosidad, tan poco común en los hombres, le rogué aplazásemos el asunto hasta que V. volviera, que como más conocedor del negocio, podría intervenir asignándole su verdadero precio, pués yo no quería pasar ante el mundo como explotador vulgar que se aprovechaba de la necesidad o de la ignorancia.

Alfon. No continue, Señor Marqués. Don Claudio como V. dice, es hombre de gran

experiencia, buena conciencia y poco amigo de aprovecharse de la desventura agena, y como yo soy también franco y leal, he de decirle, que la oferta está en su lugar y aún me parece escasa si se tiene en cuenta los inmensos beneficios que de las minas esperamos. ¿Que esta afirmación es aventurada? No lo niego, porque todo en el mundo está sugeto al error, pero, creame el Señor Marqués, que ese don Claudio se ha equivocado pocas veces en la vida.

Marq. Indudablemente que son V. V. angeles en persona humana.

Alfon. Somos hombres de conciencia nada más. Ahora bién, como espero que un día no muy lejano habrá de sentir la tristeza natural del que tiene un tesoro ignorado, que al pasar a manos extrañas surge de su escondite como una ironía del Destino, yo le ofrezco desde ahora una participación en el negocio por la cantidad que crea conveniente, con lo cual se evitará en parte la pena que le produciría el ver en manos de otro, lo que pudiera haber sido su felicidad.

Marq. Señor mio, creame que no encuentro ese lazo de unión que existe entre el corazón y la palabra, para poder expresar á V. V. todo cuanto siento. Durante mi azarosa vida, traté con muchos hombres de los cuales sólo recibí pesadumbres y desengaños, lo que sería bastante para dudar de todos. Sin embargo, hay tal acento de verdad en sus palabras, las veo salir tan claras del fondo de su corazón, que a ellas me aferro como a una esperanza salvadora.

Ahora bien, como ustedes por su parte no tienen motivo para conocerme, ni

saben por tanto hasta qué punto pueden fiar en mi persona para la intervención en un asunto de tal importancia, yo le ruego que me escuche sólo unos momentos antes de decidirse a depositar en mí esa confianza, de la que aun pudieran arrepentirse cuando conozca mi pasada conducta.

Alfon. No se trata ahora de revelaciones íntimas. Conocemos sobre poco mas o menos el estado de su fortuna y esto nos basta.

Marq. Mi fortuna actual, querido amigo, se reduce exclusivamente al sobrante que pueda quedar de la venta de Manrubiales despues de pagar todos mis créditos, pues no quiero que sobre mi nombre, sobre el apellido que lleva mi hija, quede la más ligera mancha. Pero no es esto solamente lo que yo deseo que conozcan, lo que yo quiero confesar a todo el mundo, porque en mi corazón se han agotado ya todos los dolores y todas las lágrimas, es el mal que he causado a mi inocente hija, a quien ahora, cuando he perdido su cariño, veo que la idolatro más de lo que pude imaginar.

Alfon. Los males humanos pueden remediarse si el corazón no está pervertido.

Marq. ¡El corazón! De él reniego, que ni aun supo tener en cuenta la nobleza de la sangre que por él circulaba. Sí, amigo mio, yo he vivido en una inconsciencia salvaje, porque no solamente destruí la felicidad y el porvenir de mi hija, sinó que he asesinado en su alma las ilusiones más grandes de la vida, el sentimiento divino del amor. No, no es bastante severa mi expiación cuando aun conservo la existencia.

Alfon. Tranquilizaos señor Marqués. Bien se

conoce que no habeis luchado con los rigores de la vida cuando al primer encuentro con la fatalidad os abandonais cobardemente en brazos de la desesperación. ¡Qué hubiera sido de mí, si nó hubiese luchado heróicamente hasta vencer! Por eso tengo esta fortaleza de ánimo, con la cual espero convencerle de que aun es tiempo de reparar todos los daños causados, recobrando la fé perdida, con firme voluntad y juicio sereno.

Marq. ¡No, no es posible! Donde quiera que fijo el pensamiento, tiembla, vacila y se evapora como misterioso fantasma.

Alfon. Porque cerrais los ojos a la verdad y os asusta la lucha por la vida presintiendo la tràgica derrota. No, amigo mío, no hay que perder la esperanza, y para no perderla, hay que tener valor.

Piense que los hombres mas inteligentes, más elevados, tambien causaron alguna vez grandes daños en esos momentos de la vida en que el mal adquiere formas de espléndida belleza para seducirnos y vencernos. Piense también, que hay otros ideales más humanos, que son el arrepentimiento y el propósito de vencerse a sí mismo.

Marq. ¿Qué pudiera yo hacer para empezar una vida mejor, una vida donde a fuerza de toda suerte de sacrificios pudiera restablecer mi espíritu, recobrar el cariño de mi hija y la estimación del mundo?

Alfon. Luchar, luchar hasta llegar al heroismo, siempre con fé, con entusiasmo. Campo para la batalla se os presenta: las minas. En ellas triunfé yo, porque luché con verdaderas ansias de gloria

para mi Patria y de honor para el Cuerpo a que pertenezco. ¡Oh! Cuantas veces sentí desfallecer mi alma en aquella lucha horrenda contra la dura roca y con lo que es peor todavia: contra la calumnia, contra la envidia y sin embargo seguía luchando como un titan encendido por la fé de hallar los tesoros que las duras entrañas de la tierra me disputaban.

Marq. ¡Como! ¿Sois por ventura el sabio Ingeniero cuyos éxitos en las minas de Dinant han producido general espectación en el mundo?

Alfon. No soy más que un Ingeniero español. Lo que yo hice, lo hubiera hecho cualquiera de mis compañeros en el mismo caso. Pero no hablemos ahora de eso. Baste decirle, que si conseguí el éxito, fué porque luché hasta llegar al heroismo. Eso es todo.

Marq. ¡Oh! No, no, no estamos conformes. Esos triunfos solo los alcazan los hombres de talento, los genios. En los periódicos he leido la importancia de esos inmensos tesoros los cuales han sido descubiertos por V. en contra de la opinión de los más sabios Ingenieros de Europa. No, no basta la lucha. A veces no hay brazo que pueda combatir con la fatalidad.

Alfon. En suma, querido Marqués, quedamos en qne será V. nuestro socio.

Marq. Quedamos en que son ustedes dos corazones honrados. Quedamos, ahora que caigo en la cuenta, porque la felicidad va serenando mi razón, en que V., don Alfonso Giménez, es el mismo Alfonso de quien mi hija me hablaba hace poco como un amor ya imposible.

Alfon. ¿Qué dice V.? ¿Que Matilde ha dudado

de mí? ¡Eso si que no es posible! ¡Que venga, que venga y lo diga delante de mí! ¡Ah, querido amigo! Yo tengo necesidad de verla al instante.

Marq. Allá por el jardin pasea con D. Claudio.

Alfon. ¡Con mi padre! ¡Ah! Entonces estoy tranquilo.

Marq. ¿Su padre?

Alfon. Sí, mi padre. ¡Basta de bromas ridículas! Ese venerable anciano, a quien ustedes han tomado por un hombre vulgar, por un hombre rústico, es mi padre, don Claudio Giménez de la Torre, nombre venerado en toda la provincia de Córdoba y respetado en todo el mundo.

Marq. ¡Don Claudio.. . Giménez.... de.... la... Torre... ese hombre!

Alfon. Sí, señor Marqués. Una incomprensible modestia le ha hecho pasar ante VV. por un ser de baja condición.

Marq. ¡Dios misericordioso! Ahora comprendo, que hasta muertas, velan las madres por sus hijas. ¡Gracias, gracias Dios mio!

ESCENA VI

Dichos y CLAUDIO y MATILDE

Clau. (Dentro)

¡Bello es el mundo! ¡Sí! La vida es bella.
Dios en sus obras el placer derrama.

Señores.

Mat. ¡Alfonso!

Alfon. ¡Mi bien, mi cielo!

Mat. ¡Padre de mi alma!

Marq. ¡Hija!

Clau. Un momento señores. Ven tú, Matilde. Has pronunciado dos palabras que son todo un poema de amor y de ventura.

Ellas con ser tan sencillas, han abierto de nuestros corazones los más sagrados manantiales de la felicidad, y pues al fin la hemos encontrado, quedémonos en ella como cansados viajeros al llegar al deseado oasis. ¡A qué recordar las angustias del pasado si traerlas a cuento ahora, sería lo mismo que complacernos en quemar nuestra propia casa!

Alfon. ¡Padre!

Clau. ¿Qué? ¿No tengo razón? ¿Vamos ahora a entablar una de esas interminables escenas del género cursi, para averiguar por donde vino la felicidad?

Marq. Sin embargo, don Claudio...

Mat. ¡Padre!

Clau. Ni una palabra más. No me interrumpas Matilde.

¿No os acordais del cuento griego en que una bella Princesa quiso saber el origen de su felicidad, y al descubrirlo fué castigada severamente por los dioses? ¿no os acordais? Yo sí. Oidlo:

Hubo en cierta comarca muy remota y en época más remota aun, un rey padre de tres hijas; las dos mayores de mediana hermosura y la tercera llamada Psiquis de tan portentosa belleza, en el cuerpo y candor en su alma, que por ella debió decir el poeta:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Casadas las dos hermanas mayores con grandes reyes, de los muchos que entonces andaban por el mundo, dió el pueblo en idolatrar a Psiquis y le erigieron tantos templos y columnas, que llegaron a descuidar sensiblemente el culto cotidiano a la diosa de la hermosura.

Irritada Venus con tal irreverencia, hizo jurar a Cupido que castigaría a Psiquis,

causa inocente de su agravio, obligándole a casarla con el mayor monstruo del mundo.

Pronunció el Oráculo la fatal sentencia y a la voz de los dioses, quedaron consternados pueblo y rey, adoradores y padres.

Con lágrimas en los ojos, llevó aquel pueblo a la infeliz doncella al pie de un monte donde se estrellaban bramando las olas del mar y allí la dejaron sola, esperando aterrada al monstruo que debía ser su esposo.

Rendida por el cansancio, cayó al fin la niña en profundo letargo y al despertar vió con sorpresa, que se hallaba en un palacio tan rico y primoroso como la humana palabra no podría describir.

Encantada la hermosa doncella, recorrió los pórticos, patios y departamentos de su dulce morada, más como ni en los amenos pensiles ni en los pórticos de alabastro, ni en sus riquísimas estancias viese alma viviente, exclamó toda medrosica:

¿Donde estoy?

A cuya pregunta respondió una voz dulce y misteriosa:

Donde sois amada.

Y en efecto, músicas, banquetes, ricos atavíos, ornamentos y cuanto con la imaginación apetecía la doncella, otro tanto tenía a la mano apenas formulaba su deseo.

Llegada la noche, llegó entre sus tinieblas el afortunado esposo, y cuando la niña le esperaba monstruo, lo halló galante y enamorado, de formas robustas y decir armonioso, pero, no se dejaba ver.

Dejo a vuestro juicio cuales serían las cavilaciones de la bella Psiquis al verse amada por un ser invisible Lágrimas, suspiros, palabras amorosas, y cuantos artificios le sugería su infantil curiosidad, empleó la doncella para lograr de su esposo que le dejara gozar de su vista. Todo se estrelló contra la inflexible resolución del misterioso enamorado.

¿Somos así felices?—le preguntaba—pues ¿qué mayor ventura?

Suele el lenguaje de la razón irritar las pasiones en vez de calmarlas y así fué, que las ansias de convertir en realidad su deseo, le hizo poner en juego todo su ardid, para conocer al que ya era dueño de su corazón.

Psiquis llegó a conocer a su amante que era nada menos que el mismo Dios Cupido, el cual al ser descubierto, huyó veloz diciéndole: ¡Desdichada, tu curiosidad nos ha perdido!

Y la hermosa niña fué condenada por los dioses a horribles tormentos y se acabó mi cuento.

Alfon.
Mat. } ¡Padre!

Marq ¡Hombre sublime!

Clau Ea, señor Marqués, un abrazo. Abrazaos tambien hijos míos. El pasado quedó atras; el corazón y los ojos a lo que ha de venir.

Nosotros somos ya viejos, señor Marqués y nadie nos podrá discutir el derecho al descanso. Pero vosotros, hijos míos, sois jóvenes y vencereis, vencereis con un poder que nadie domina; con el poder de las razas nuevas.

Bien hijos míos, amaos mucho y adelante, adelante siempre, pero que no se

os vaya nunca de la memoria, un viejo batallador os lo dice; los tesoros que descubristes, todos los tesoros del mundo, ¡cuan poca cosa son para la Humanidad! La libertad, el amor, el trabajo: He ahí los tesoros de donde brota la paz y la felicidad de los pueblos.

FIN DE LA OBRA

OBRAS DEL AUTOR

SANGRE PLEBEYA, comedia en tres actos; 2 pesetas.

EL PRÍNCIPE POETA (Teatro para niños) Arreglo escénico en un cuadro; 50 céntimos.

EN PREPARACIÓN

PATRIA Y POESÍA. Elementos de Poética Española.

HISTORIA DEL TEATRO

DOS PESETAS